Aproximación a la religiosidad popular eucarística en Colombia *

Rodolfo Eduardo De Roux S.J.**

La religiosidad popular es un fenómeno social y eclesial complejo. Si, como dice Puebla (Nº 444), "se trate de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado", síguese de allí que en ella entran todos los elementos constitutivos de esa religión y de esa cultura, con los coeficientes de variabilidad que determina el proceceso histórico de cada caso particular. La religiosidad popular puede y debe, entonces, ser analizada desde las perspectivas diversas de cada una de las ciencias humanas, y sólo un trabajo interdisciplinar puede aspirar a abarcarla como totalidad.

Dentro de este abanico de posibles caminos de investigación, el presente trabajo aspira a destacar tan solo el sector teológico, y aun éste en función de un interés todavía más particular. Tratamos, en efecto, de explicitar en forma refleja la realidad actual de la fé y práctica eucarísticas de nuestra Iglesia Particular, como punto de partida para una reflexión teológica posterior que contribuya a su promoción pastoral. Aun prescindiendo, por el momento, del valor teológico de la piedad popular, como recepción concreta de la fe común eucarística en nuestro pueblo creyente, y por lo mismo bajo la acción del Espíritu; pensamos que ella bien pueda constituír la afirmación primera, y la mejor fuente de preguntas pertinentes, para una teología, crítica y metódica, pero también situada, y sólo así relevante.

Este interés, bien preciso, nos ha llevado a privilegiar, como hipótesis de trabajo, los indicios de positividad evangélica reconocibles al interior de un fenómeno más amplio y complejo, cuyos aspectos

* El presente trabajo constituye la primera parte de un libro en preparacion sobre la Eucaristía en contexto latinoamericano.

** Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)! Profesor de Teología en la Universidad Javeriana (Bogotá).

ambiguos y aun negativos tampoco desconocemos. En otras palabras, hemos querido aproximarnos a lo que Puebla describe como "hondas creencial selladas por Dios, (...) las actitudes básicas que de esas convicciones se derivan y las expresiones que las manifiestan" (Nº444).

Somos conscientes de las limitaciones de este esbozo. En primer lugar, porque el estado incipiente del estudio metódico de nuestra religiosidad popular eucarística, honestamente no permite ir más allá de una aproximación, no exenta de conjeturas. Pero hay además otra razón más profunda y permanente. La religiosidad popular es una realidad histórica y cultural muy concreta. Y es amplia la gama de variaciones culturales, de procesos históricos y de estadios de evangelización, aun al interior de una misma Iglesia Particular. Así sea dentro de unos mismos parámetros comunes. En este sentido ofrecemos ante todo un camino de búsqueda, utilizable por cada uno en el contexto particular de su propio ámbito local con libertad responsable. Y así mismo, un fondo de elementos comunes que compartimos dentro de nuestras diferencias históricas y coyunturales. También un recurso a posibles analogías. Es manifiesto que este modelo sigue siendo revisable, y sobre todo se ha de enriquecer con nuevos contenidos. Personalmente, agradeceríamos cualquier colaboración al respecto.

Procedemos, entonces, así:

1.- Esbozamos el hecho eucarístico en nuestra Iglesia Particular, y destacamos algunas de sus características más generales (I).

2.- Intentamos aproximarnos a un núcleo mínino de significados y valores básicos, que se expresan en la praxis de nuestra religiosidad popular eucarística. En la terminología de Puebla (Nº444), buscamos las creencias y las actitudes eucarísticas de nuestro pueblo creyente (II y III).

3.- Diseñamos algunos rasgos de nuestro contexto cultural, que penetran y condicionan, para bien o para mal, esa religiosidad eucarística popular (IV).

I. EL HECHO EUCARISTICO EN NUESTRA IGLESIA PARTICULAR: MAGNITUD Y COMPLEJIDAD

1. UN HECHO COEXTENSIVO CON NUESTRA VIDA ECLESIAL Y CIUDADANA

En el diario fluir de nuestra vida eclesial y ciudadana, ya no nos sorprende la omnipresencia, explícita o implícita, de la Eucaristía. Hasta tal punto pertenece ya a la entraña de nuestra vida personal y social. Iglesias y capillas, construídas todas en perspectiva eucarística, pertenecen por derecho propio a la arquitectura de nuestras ciudades y aldeas. En éstas, especialmente,

junto con el bullicio del mercado, la Misa constituye todavía el foco de convocación ciudadana en domingos y fiestas. Para una gran multitud, que eventualmente incluye aun a los más alejados, la Eucaristía marca un ritmo global de vida, personal y social. Desde la primera comunión hasta los funerales. En fuerza de un compromiso personal creyente, o por solidaridad familiar, de amigos, o simplemente de conciudadanos. La Misa pertenece a nuestro vocabulario y, en alguna manera, a nuestra experiencia común.

Este hecho eucarístico, de alcances culturales, no es un componente agregado tardíamente a nuestra idiosincracia continental. Se arraiga, por el contrario, en la corriente matriz de nuestra cultura, en esa tradición hispana en que la Eucaristía era ya un eje dinámico de la vida eclesial y social. Y nos ha acompañado durante estos cinco siglos de formación de nuestra actual identidad latinoamericana. Por otra parte, el largo proceso eclesial de cuño tridentino, que se inició casi contemporáneamente con nuestros comienzos, y que hemos vivido hasta los umbrales del Vaticano II, reforzó y desarrolló ese centrismo eucarístico de nuestras Iglesias.

Es así como nuestras actuales megápolis, y en general nuestras ciudades, nacieron bajo el signo de la celebración eucarística. Nuestras iglesias se construyeron, en primer término, como espacios de celebración eucarística y de culto al Santísimo Sacramento. Nuestra vida personal, familiar y ciudadana, se acompasó al ritmo de misas dominicales, festivas, matrimoniales y de funerales. La Misa recogió nuestras alegrías y sostuvo nuestras luchas y nuestros fracasos, no solo personales y eclesiales, sino también ciudadanos. La fiesta del Corpus Christi, con su derroche de simbología nativa, las Cuarenta Horas, como momento fuerte de evangelización, de adoración, de súplica y alabanza en torno al Sacramento, la Exposición y Bendición Solemne con el Santísimo, la Visita y la Adoración Perpetua, el Santo Viático a enfermos y moribundos, las cofradías y movimientos de espiritualidad y apostolado, alimentados con una peculiar frecuentación del Sacramento, en fin, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y su práctica de la comunión eucarística los Primeros Viernes de cada mes, son apenas algunos indicativos de ese flujo eucarístico que ha venido irrigando nuestra vida eclesial y ciudadana. De hecho no tuvo más límites que la ausencia o la falta de vigor pastoral del sacerdote, corriendo la misma suerte que el proceso general de evangelización.

No es de extrañar entonces que la Eucaristía haya ido impregnando toda la vida creyente en ciudades y campos. Resultó integrada de muchas maneras en las devociones populares, salió del templo y se hizo presente en la vida cívica, en las plazas, en los estadios, incluso en los mismos sitios de trabajo.

Es verdad que no todo es luminoso en este largo y complejo proceso histórico de cinco siglos. Deficiencias en la evangelización, incoherencias en la vida cristiana, monstruosidades sociales, contaminación con actitudes mágicas o supersticiosas, en una palabra, ignorancia

y pecado han restado vigor a la eficacia transformadora del Sacramento y han amenazado, no pocas veces, reducirlo a un rito religioso genérico, a una devoción individualista o a un mero compromiso social. Pero todo esto no anula el hecho abrumador de que la Eucaristía ha sido a través de estos cinco siglos un motor excepcional de nuestra evangelización. Y aun hoy sigue siendo, quizás para no pocos, así fuere en forma esporádica y en fuerza de usos familiares o sociales, la única oportunidad de acceso al mensaje cristiano. De hecho, el Sacramento ha adquirido carta de ciudadanía en nuestra cultura y en nuestra sociedad.

Resumiendo, podemos afirmar que la Eucaristía:

1. A nivel PERSONAL: con variaciones consecuentes al grado de evangelización, es para muchos un elemento basilar de su experiencia cristiana. Y aun para algunos una expresión remanente de la mera religiosidad.

2. A nivel ECLESIAL: sigue siendo para las grandes mayorías cristianas el momento más significativo de su pertenencia a la Iglesia. Y para los responsables, jerárquicos y pastorales, de la evangelización, es el centro dinámico de la vida eclesial. Por eso sus realizaciones litúrgicas múltiples procuran irrigar la totalidad de la vida personal y comunitaria del cristiano.

3. A nivel SOCIAL: es todavía una momento importante de convocación e incluso un signo de pertenencia y de cohesión ciudadanas. Sociológicamente, se identifica muchas veces con los momentos fuertes de la convivencia social, con sus urgencias, sus alegrías y sus dolores. En cierta manera marca también el ritmo de la integración del individuo en la comunidad social. Desde la niñez hasta la muerte. Incluso, más allá de ésta, no solo mantiene la memoria civil de nuestros difuntos, sino que también constituye una instancia eficaz de convocación de los vivos, familiares y amigos, en las misas de conmemoración.

1.1.- Y por lo mismo, un hecho complejo

A esa magnitud del hecho eucarístico corresponde también una complejidad peculiar en sus realizaciones concretas, que sitúa a la Eucaristía en una condición aparte de los demás sacramentos.

A nivel litúrgico oficial, la misma Misa se celebra en una multitud de formas bien diferenciadas, en correspondencia con acontecimientos diversos, eclesiales y personales. Tenemos así, junto a la misa ordinaria, las formas festivas, rituales de otros sacramentos y exequiales. Y en torno a la Misa se despliega todavía el abanico de otras celebraciones eucarísticas, que agrupamos bajo el denominador común de Culto del Sacramento. Bendiciones, procesiones, visita, viático a los enfermos, por ejemplo, hasta ese gran conjunto celebrativo que denominamos un Congreso Eucarístico.

Por su parte, también la espontaneidad creadora de la Religiosidad Popular ha ido multiplicando y diversificando sus propias prácticas devocionales en referencia a la Eucaristía, tal es la promesa, el estipendio, la romería.
Todo ésto es bien indicativo de la diversidad de experiencias, personales y comunitarias, estrictamente religiosas o con connotaciones sociales, que pueden simbolizarse y encarnarse en la celebración de una misma Eucaristía. Y, por lo mismo, se evidencia la multiplicidad y diversidad de significaciones y valores que pueden confluír en ella, creando así una complejidad inevitable.

En resumen, cuando nos acercamos a la Eucaristía, en su realidad singular y concreta en nuestra Iglesia, constatamos:

1- Un núcleo básico común de significados y valores, normados por la Tradición eclesial. Núcleo, sin embargo, cuya claridad, riqueza y consistencia doctrinales están condicionados, en cada persona, en cada grupo, por el grado y calidad de la propia evangelización.

2. Pero ese núcleo básico, común, no se da en un vacío situacional y existencial. En su concreticidad real está inmerso en la circunstancia, y queda compenetrado, con la multiplicidad diversificada de significaciones y valores que ella aporta .Ya sea por la índole del acontecimiento que se celebra, matrimonio, votos religiosos, exequias, fiestas litúrgicas y patronales, eventos cívicos y sociales. Ya sea por el momento existencial que atraviesa cada uno, en la cotidianidad de la vida, en retiros espirituales, en situaciones de crisis, de éxito y alegría. Ya sea también, finalmente, por el logro mayor menor, e incluso negativo y bloqueante, de una celebración espléndida, mediocre o distorsionada, en cuanto a simbología litúrgica y participación.

1.2.- Implicaciones de esta magnitud y complejidad del hecho eucarístico

La magnitud y complejidad del hecho eucarístico, que ha puesto en evidencia esta primera aproximación a nuestra religiosidad popular, nos advierte lo siguiente:

1- En el mismo núcleo normativo de la Eucaristía debe haber una cierta apertura potencial, cuando menos, hacia una pluridad de significados y valores, situacionales y concretos. La Eucaristía puede asumir mil rostros, encarnar mil experiencias, personales y comunitarias, diversas entre sí.

2- Su misma implicación profunda en los procesos de la vida, personal y comunitaria, introduce en el Eucaristía un flujo vital de sentimientos, sentidos y valores, actitudes y acciones. Tal y como emergen, se imponen en forma estable, o desaparecen también en el decurso de la vida .

3- Por lo mismo, se establece una tensión en la comprensión y praxis de la Eucaristía entre su caracter de

Misterio, su instancia de transcendencia, y su exigencia de inmanencia histórica, de relevancia concreta, personal y social, al ritmo cambiante de la vida.

4- Y no menos, afronta este doble riesgo: o el de solidificarse en su propia identidad de sentido, monolítica, con lo cual puede llegar a hacerse un cuerpo extraño a la circunstancia concreta; o el de sumergirse indiscriminadamente en la particularidad de cada situación diferente, hasta el punto de oscurecer, cuando menos, su identidad propia.

5- Finalmente, comparte también la suerte común de los hechos sociales, obvios y cotidianos, en cuanto a riesgos de trivialización, de rutina, de formalismo social o legal, de contaminaciones e incluso de comercialización. Sin que nada de ésto sea deseable o legitimable, es sin embargo el costo de una oferta permanente de Cristo a nuestra debilidad y pecaminosidad. De nuestra parte, la crítica eventualmente necesaria a la religiosidad popular eucarística, quisiera seguir siempre la pauta del comportamiento de Jesús con la mujer adúltera,"yo tampoco te condeno. Vete, y no vuelvas a pecar!". Como veremos luego, tal fué la posición de Pablo frente a los abusos de los corintios en la Cena del Señor.

1.3.- Una religiosidad en crisis, de muerte o de renovación?

Sin ánimo alarmista debemos plantearnos esta pregunta con la seriedad que se merece. La Eucaristía misma subsistirá, ciertamente, tánto como la Iglesia. Pero podemos asegurar lo mismo de esta impregnación eucarística de nuestra vida, en su totalidad eclesial y social?

1.3.1.- Indicios de muerte?

A nadie escapa el abandono creciente de la praxis eucarística a nivel de la Misa dominical y festiva. Fenómeno éste más perceptible en las nuevas generaciones, en los cinturones de miseria de nuestras ciudades, en medios rurales largo tiempo desprovistos de cuidado pastoral, en los estratos sociales urbanos que han entrado más de lleno en el movimiento económico, social y cultural de un mundo secularizado. Así por ejemplo, los migrantes campesinos a la ciudad, los obreros que se tecnifican, los empleados, universitarios y profesionales. En general, los que van asumiendo una aculturación foránea y secularista, sin haber sido premunidos con los recursos críticos de una evangelización apropiada al nuevo contexto cultural. No es raro oír de tales personas, que por lo demás se siguen profesando cristianos, esta pregunta que expresa su pérdida de sentido:"La Misa, para qué me sirve?".

Más acentuado aún nos parece el abandono del Culto del Sacramento, en sus formas tradicionales de Bendición con el Santísimo, procesiones, visita orante al Señor Sacramentado. Se ha oscurecido acaso la misma fé en la presencia permanente del Señor Sacramentado? o al menos su relevancia como foco catalizador de nuestra oración personal y comunitaria? o su implementación litúrgica actual no es ya capaz, dentro de un nuevo contexto

cultural, de mantener esa fuerza de convocación que sin duda tuvo para nuestros mayores? Por el momento son sólo preguntas, pero corresponden a la constatación de una crisis.

Nuestro episcopado, especialmente en Puebla, ha señalado con insistencia una pérdida de relevancia de los valores eucarísticos en el estilo concreto de vida de no pocos cristianos, y particularmente en lo que respecta al compromiso transformador de nuestra sociedad.

No queremos adelantar aquí un diagnóstico fácil sobre las causas complejas de esta crisis de muerte. Anotamos, al menos, el impacto de un cierto resquebrajamiento de las estructuras familiares y sociales de tipo tradicional, sobre los procesos espontáneos de transmisión de la religiosidad popular. En tales circunstancias, quizás se ponen de manifiesto las limitaciones y aun defectos de la evangelización anterior, que hasta ahora habían permanecido latentes bajo un contexto social menos agresivo.

1.3.2.- Indicios de renovación

A partir del Vaticano II, aun a través de un período de desconcierto y de un cierto alejamiento de no pocos, se ha venido efectuando una notable recuperación eucarística en los grupos más comprometidos con la fé. Entre los religiosos y en comunidades eclesiales de base, en los grupos apostólicos y en ambientes juveniles que disfrutan de una pastoral renovada, en parroquias de más intensa evangelización y vida eclesial. Ni se trata sólo de un simple aumento de asistencia a la Misa o del número de aquellos que se acercan habitualmente a la comunión. Constatamos, en muchos, una experiencia de fé más personalizada (incluso a través de crisis de abandono), que se traduce en un paso de la mera obligación exterior, legal, familiar o social, al compromiso libre y responsable con un valor.

La reforma litúrgica de Pablo VI fue acogida en nuestros medios populares con una apertura sencilla y cordial. La Asamblea ha ido recobrando así el oído, el gesto y la voz en la celebración. Se supera el riesgo de experimentar la Misa como un espectáculo, y la participación activa de todos devuelve al proceso sacramental su fuerza de interperlación personal. Tampoco podemos ignorar el riesgo de que, gastado el interés de la primera novedad, la reforma se quede en un simple cambio de rutina, y pierda su impulso de renovación. Todavía queda mucho por hacer, como lo anotaron nuestros Pastores en Puebla, pero los resultados obtenidos ya son prometedores.

Finalmente, no pocos perciben mejor y asumen las exigencias de la Eucaristía en su vida personal y social. Se aspira a celebrar lo que se vive, y a vivir lo que se celebra.En un horizonte de compromiso, cada vez más limpio y profundo, con el Señor y con la búsqueda de una fraternidad real entre los hombres.

En resumen:

1. La Eucaristía mantiene todavía un significado y un valor centrales en la vida cristiana de muchos.

2. En grandes áreas de población, sobre todo campesina y urbana popular, perdura una disponibilidad de base hacia la Eucaristía, casi una nostalgia que se torna en recuperación gozosa cuando se modifican en forma favorable los contextos litúrgicos y pastorales o sociales.
3. Para no pocos, la Misa es todavía un último reducto de encarnación ritual de su experiencia cristiana empobrecida, e incluso de una experiencia simplemente religiosa.

II. APROXIMACION A LA RELIGIOSIDAD POPULAR, DESDE LA CATEQUESIS Y LITURGIA OFICIALES

0. UBICACION

Al término de esta breve reseña del hecho eucarístico en nuestra Iglesia Particular, se acumulan nuevas preguntas. Qué sentido y valor concretos tienen la Misa, la comunión sacramental, las diversas formas de Culto al Sacramento, la manda y la romería, para cada individuo, para cada comunidad eclesial, en cada ámbito cultural y social? Qué relación tienen con el resto de sus experiencias de vida, en su coyuntura histórica y en su ubicación social? Qué aportan a su sentido y compromiso de pertenencia a una comunidad eclesial concreta? Qué influjo transformador ejercen en su medio familiar y ciudadano? Qué exigencias de vida y de acción les plantean?

Sería por demás ilusorio aspirar a una respuesta suficientemente diversificada y sólida, sin un estudio previo más profundo y extenso de nuestra religiosidad popular eucarística. Nuestro objetivo aquí es mucho más modesto. Pero tampoco desprovisto de valor. Buscamos, en efecto, determinar en forma aproximativa un núcleo básico de creencias y actitudes eucarísticas, que constituyen la fuente vital de esa religiosidad, y se expresan en la multitud diferenciada de sus prácticas eucarísticas.

0.1- Planteamiento de una hipótesis de trabajo

La religiosidad popular eucarística no es una pura creación de nuestra generación actual, ni siquiera de nuestros más inmediatos predecesores. Al describir el hecho eucarístico en nuestra Iglesia de hoy, señalábamos sus raíces en una remota tradición hispana y medieval, encauzada y enriquecida luego por el gran movimiento eclesial tridentino. Podríamos remontarnos más todavía en una búsqueda de nuestras raíces, pero lo dicho basta para destacar que nuestra religiosidad popular es sólo una veta del cuerpo vivo de una Tradición eclesial de fé.

Ahora bien, en esa Tradición eclesial ha habido siempre una instancia de normatividad, que se ha ejercido bajo la responsabilidad inmediata del Magisterio Episcopal. Cauce común de esa normatividad de las creencias y actitudes eucarísticas de nuestro pueblo vienen siendo la catequesis y la praxis litúrgica oficiales. Los procesos creativos de la espontaneidad popular se han ejercido en torno a los significados y valores

eucarísticos transmitidos por aquellas, con una coherencia mayor o menor, que habrá que verificar.

Pero hay todavía otros dos elementos dignos de nota. Cuanto más amplio es el espectro de población, que pretendemos abarcar, y en él la franja más ancha corresponde a multitudes que no han disfrutado de una educación religiosa avanzada, sólo un núcleo reducido y sencillo de creencias ofrece posibilidades reales de ser espontáneamente compartido por las mayorías. Pensamos que tales creencias y actitudes son las que se transmiten mediante los procesos más elementales de catequesis, y por la fuerza simbolizante, transmisora de significados y valores, de la liturgia ordinaria.

Y ésto no es todo. Tampoco es de esperar que, quienes van dejando atrás su ya remota catequización de infancia o adolescencia, logren conservar claros y explícitos todos sus contenidos. Se produce de hecho una selección, y sobre todo, una simplificación ulterior, que acaba constituyendo el horizonte propio de la persona o del grupo, y al interior del cual se elaboran las experiencias nuevas, las exposiciones doctrinales subsiguientes, incluso las nuevas formas de celebración. Esto, aun sin contar con mutilaciones o contaminaciones posibles, provenientes de un medio cultural o religioso pluralista, y a veces decadente.

Está también el hecho evidente de la situación de transición, que viene atravesando nuestra religiosidad popular eucarística. Desde su primer horizonte medieval y tridentino, va pasando a otro nuevo, configurado por el Vaticano II y su repercusión latinoamericana en Puebla. Vale la pena detenos un poco en ésto.

Y en primer lugar debemos responder a una objeción que se puede formular así: han transcurrido en vano 25 años después del Concilio? No se han renovado la catequesis y la liturgia oficiales? La popularización del medioevo hispánico, y la de Trento, no retroceden ya, definitivamente, hacia la memoria de los abuelos o la obstinación de grupos, cada vez más reducidos y menos influyentes?

Advirtamos de paso que sería inconsulta y apresurada una descalificación simplista de los aportes eucarísticos de Trento. Como habrá luego ocasión de mostrar, tánto el Vaticano II como Medellín y Puebla los han asumido en su significación dogmática permanente. Pero nuestra respuesta, ahora, va por otro lado. Se apoya en estos hechos:

- Al nivel macro, en que se sitúa esta aproximación a la religiosidad popular, 25 años resultan en realidad insuficientes para producir unos efectos generalizables de la magnitud que buscamos. Eso, aun suponiendo, contra toda evidencia, que se haya efectuado una implementación uniforme de una catequesis y de una homilética eucarística plenamente posconciliares. Aun entonces habrá que contar con que el proceso popular de comunicación de significados y valores, especialmente en lo religioso, se realiza por una especie de "ósmosis" espontánea entre las personas, en el ámbito del hogar, del vecindario, del grupo social. Allí se ejerce el influjo silencioso de los "abuelos", más con el

comportamiento y el arrastre afectivo que con un adoctrinamiento explícito.

- Por otra parte, si tenemos en cuenta la creciente proporción mayoritaria de gente joven; si suponemos que ésta va siendo catequizada en un horizonte más definidamente Vaticano II; y si aceptamos los efectos de la llamada ruptura generacional, sobre todo en áreas urbanas, podemos conjeturar que la actual época de transición avanza rápidamente hacia una comprensión y vivencia de la Eucaristía de tipo cada vez más conforme con el Vaticano II y Puebla.

- Por lo que se refiere al proceso de implementación del Concilio, no hay duda de que la renovación litúrgica está ya modificando de hecho la vivencia misma del Sacramento en la conciencia popular. Y con ello, al menos en forma implícita, está remodelando las creencias y actitudes eucarísticas de nuestro pueblo. Cuánto más la nueva catequesis que, en muchas partes, se imparte a los niños y adolescentes. Pero nos atrevemos a pensar que todo ello está aconteciendo, en muchos casos, por simple acumulación de las nuevas doctrinas y prácticas litúrgicas conciliares al patrimonio de nuestra tradición medieval, hispana y tridentina. Sin una alteración notable del "modelo" explícito de comprensión. Y por lo mismo, sin una integración coherente de todos esos elementos válidos para fundamentar una práctica renovada a fondo del Sacramento.

Finalmente, convendrá estar atentos a los factores culturales y coyunturales que más pueden estar influyendo en la vivencia, comprensión y práctica del Sacramento, según las modalidades propias de la religiosidad popular.

Nuestra búsqueda debe afrontar este pluralismo fluctuante. Y en esta hipótesis de trabajo, no es razonable aspirar más allá del esbozo de un significado análogo, común y fundamental, en torno al cual se sitúan o en el cual se integran otros más particulares. Este resultado no será muy pobre ni reductivista, con dos condiciones: 1a.) que no se tome como una descripción exacta de los contenidos de cada manifestación de la religiosidad popular, sino más bien como una aproximación global y un haz de líneas tendenciales; 2a.) que no se imponga como una camisa de fuerza a los datos, antes bien se utilice como un modelo de búsqueda, abierto y reformable en cada caso particular, en conformidad con los nuevos aportes de esos mismos datos.

0.2. - Esquema de búsqueda

Teniendo en cuenta la complejidad del hecho eucarístico en nuestro pueblo, proponemos el siguiente camino de aproximación a sus creencias y actitudes básicas en relación con el Sacramento:

1. Determinar el núcleo básico de significados y valores eucarísticos NORMATIVOS, que fundan la religiosidad popular, y que ésta recibe de la Tradición Eclesial mediante la catequesis y liturgia oficiales, bajo la salvaguarda del Magisterio Episcopal de nuestra Iglesia Particular. En la situación de transición, que hemos constatado, será necesario considerar

en sí mismos tánto el punto de partida pre-vaticano como el polo post-conciliar, tendencial, de dicha transición. De ello nos ocuparemos en el presente capítulo.

2. Describir algunas "expresiones" de la religiosidad popular eucarística, que "manifiestan" su apropiación creativa de dichos significados y valores normativos (cf. Puebla n. 444).

3. A la luz de lo anterior, precisar el conjunto mínimo de "creencias" y "actitudes", constitutivo de la "existencia cultural" que la fé eucarística "adopta" en nuestro pueblo (cf Puebla n.444). Trataremos estos puntos (2 y 3) en nuestro tercer capítulo.

4. Identificar algunos factores culturales y coyunturales que están influyendo actualmente en la comprensión y vivencia populares de la Eucaristía. Tal será el tema del capítulo 4o., conclusivo de esta Primera Parte.

1. SIGNIFICADOS Y VALORES EUCARÍSTICOS NORMATIVOS TRANSMITIDOS EN LA CATEQUESIS ANTERIOR AL VATICANO II

Situados a nivel de las mayorías de nuestro pueblo, nos interesan primariamente los contenidos de su primera educación en la fé, ya sea en la escuela primaria o en la catequesis parroquial [1].

En una perspectiva doctrinal claramente escolástica y tridentina, la catequesis se divide en dos grandes núcleos, a saber: 1) La Sagrada Eucaristía y la Sagrada Comunión en general. Disposiciones para comulgar, y frutos de la Sagrada Comunión (Lecciones 37 y 38); 2) La Santa Misa (Lección 39)[2]. Nuestra exposición se ajusta a esa división temática, no sin anotar, de paso, una deficiencia metodológica que ha podido tener consecuencias perjudiciales, no pretendidas ciertamente, en la práctica popular de la Eucaristía. Es

(1) Consideramos suficientemente representativo el Catecismo Básico, aprobado por la Conferencia Episcopal Colombiana en 1953 para la instrucción religiosa en el primer año de enseñanza primaria. Pero nos referimos a él en su edición comentada, para maestros y catequistas, publicada por la Arquidiócesis de Bogotá en 1955, bajo el título de Explicación demostrada de Catecismo Básico.

(2) Lección 37. Introducción, Nº 2, página 232.

el translado, simple y llano, de una división teórica (Escolásticos) o coyuntural-judicativa (Trento), a un proceso de comunicación pastoral unitario como es la catequesis. La división teórica entre Misa y Sacramento corre entonces el riesgo de ser percibida en la conciencia popular como una división de "realidades", afines y complementarias, pero al fin y al cabo diversas, y por lo mismo fácilmente separables en la práctica.

2.1. - El Sacramento de la Sagrada Comunión o Santísimo Sacramento

La Eucaristía se identifica, sucesivamente, con el Sacramento de la Sagrada Comunión[3], y con "Cristo, Dios y hombre, que está verdaderamente en el Santísimo Sacramento del Altar", a quien por consiguiente recibimos en aquella [4]. En esta doble polaridad sacramental, Cristo por una parte, y nuestra recepción de El por otra, la prioridad indiscutible se da al Señor mismo, a Su Cuerpo y Sangre presentes bajo las "especies" (o señales exteriores) del pan y del vino. Esta convicción creyente se traduce espontáneamente en nuestro lenguaje popular. La Eucarístía es ante todo Cristo Sacramentado, el Santísimo Sacramento o más sencillamente el Santísimo, Nuestro Amo. Sólo en forma derivada, para nosotros, es recibirlo o comulgar. Y ésto, a su vez, se traduce a nivel de la experiencia creyente del sacramento como un encuentro íntimo y profundo con el Señor.

Ahora bien, esta conjunción de Cristo Sacramentado con nosotros, en el acto de comulgar, está referida en forma inmediata a un crecimiento en la "gracia santificante", a una unión asimiladora con Jesucristo, y a un perfeccionamiento de la caridad para amar a Dios y al prójimo. En cuanto al pecado, nos alcanza el perdón de los veniales, y nos fortalece para no incurrir en los mortales. En una palabra, la Eucaristía, como Sacramento de la Sagrada Comunión, es un medio "para hacernos santos en esta vida" y para que "consigamos la salvación eterna" [5].

(3) Ib. Nº 66, página 234.

(4) Ib. Nº 66, página 234.

(5) Lección 38 páginas 234s. El catecismo aplica así a la Eucaristía su doctrina, ya expuesta, sobre los elementos constitutivos del organismo sobrenatural, la gracia santificante, "que nos hace justos, hijos de Dios y herederos del cielo" (Lección 32 Nº 49, página 196), y además las cirtudes teologales y las gracias actuales y sacramentales, que focalizan nuestro ser en Dios y nos capacitan para obrar como hijos suyos (Lección 33, Nºs 51-52, páginas 204 y 207). La Eucaristía, como los demás sacramentos, en una señal exterior, instituída por Jesucristo, para darnos su gracia y las virtudes (Lección 34, Nº 53, página 211).

Aun sin mantener explícitas estas precisiones de índole más teórica, en la conciencia popular la comunión significa una unión profunda con Dios. Y, por lo mismo, una suprema garantía de la salvación definitiva. Pero se ha mantenido igualmente presente su vigor capacitante para el bien obrar y su función sanante en el proceso inacabable de superar nuestra pecaminosidad? La Eucaristía puede ser entonces valorada por muchos como una especie de sanción divina a una vida intachable, o a un momento de buena voluntad excepcional, y no como la providencia sacramental de Cristo sobre nuestra necesidad recurrente de ser siempre ulteriormente sanados. Ello explicaría también el escándalo fácil de no pocos ante cualquier fallo en el comportamiento habitual de quienes frecuentan la comunión sacramental.

En este contexto se enseña la relación fundante del Sacramento con Cristo, quien la instituye en la Ultima Cena, y así mismo su relación con el ministerio jerárquico, por cuanto Aquel confirió entonces a los apostóles, y a sus sucesores, el poder de "convertir el pan y el vino en Su Cuerpo y en Su Sangre" (Lecc.37 n.66, p. 234). En la conciencia popular creyente, esta última relación jerárquica, reforzada también por la forma de celebración litúrgica, alcanza un grado de identificación casi total entre el sacerdote, que es el hombre de la Misa, y ésta, inconcebible sin él. No sin riesgo de un oscurecimiento excesivo de la responsabilidad del resto de la asamblea en las varias formas de participación activa. Aun sin ser la única causa, bien puede quizás señalarse entre las razones que explican la connaturalidad con que se asumen las misas en que sólo comulga el sacerdote. La excepción legítima tiende así a constituírse en la práctica común de la celebración, a pesar de los esfuerzos de la pastoral jerárquica por inducir al pueblo a la comunión, como forma plena y connatural de participación.

Esta visión global del Sacramento, tan enfáticamente cristológica, tiene consecuencias obvias a nivel de la práctica creyente:

1- En primer lugar, la necesidad de "disponerse" en forma conveniente para recibirlo, de acuerdo con "la dignidad, santidad y grandeza infinitas de Jesucristo". Básicamente se trata de "estar en gracia de Dios", o de "confesarse antes" si "se cayó en pecado mortal". Hasta la reforma mitigadora de Pío XII, esa disposición incluyó también "estar en ayunas"[6]. En la conciencia popular todo ésto se tradujo en un respeto indecible al Sacramento, en una atmósfera general de inmenso cariño, pero también en una cierta dosis de tensión psicológica que incluso pudo a veces degenerar en escrúpulos obsesivos. Sobre todo en referencia al "estado de gracia", y por lo mismo, a la necesidad de la confesión previa, bajo la denominación popular de "reconciliarse para poder comulgar".

(6) Lección 38, Nº s. 68-70, páginas 265-283.

2- Pero se sigue también, casi en forma casi connatural, la importancia del Culto del Señor Sacramentado, especialmente por la práctica frecuente de la "visita al Santísimo". Allí está El por amor a nosotros, pondera el Catecismo, para ser nuestro compañero en la tierra y para darnos Sus gracias. Por éso debemos ir a visitarlo con frecuencia, para adorarlo y amarlo, para agradecerle todos Sus beneficios, para pedirle perdón por nuestros pecados, y para que nos ayude a amarlo y a honrarlo continuamente[7]. De hecho, la asimilación popular de esta doctrina dará lugar a toda una serie de prácticas devocionales, como veremos luego.

2.2.- La Santa Misa

La perspectiva bipolar de Sacramento-Comunión y Sacrificio, presupuesta ya antes en la distribución catequética de los temas (cf. arriba, n. 2.0.), se explicita ahora en forma tajante: "La sagrada eucaristía, ADEMAS de ser un verdadero SACRAMENTO, es también un verdadero SACRIFICIO, para adorar a Dios de una manera infinitamente perfecta; la sagrada eucaristía, considerada como sacrificio, se llama SANTA MISA[8]. Esta, en efecto, "es el sacrificio permanente de la Nueva Ley, en el cual Jesucristo mismo se ofrece por manos del sacerdote, bajo las especies de pan y vino". Y lo explica así:

1. De acuerdo con la teología común de la época, se entiende por SACRIFICIO:
   - El ofrecer a Dios una COSA SENSIBLE;
   - para ADORARLO, es decir, reconocerlo como único ser infinitamente perfecto, Creador y Dueño de todas las cosas.
   - Esa exterioridad sensible, aunque sólo representa la autoentrega personal del oferente, confiere en cambio a ésta su caracter público y social.[9]

2. Pero en el caso peculiar de Cristo hay una diferencia radical con lo anterior en los constitutivos mismos del sacrificio. Es el paso de la ofrenda de una "cosa", exterior al oferente por más que lo represente, al ofrecimiento directo e inmediato de sí mismo. En efecto, explica el catecismo, al morir en la cruz Jesucristo ofreció a Dios un verdadero sacrificio, siendo El mismo Sacerdote y Víctima. Así también en la Ultima Cena, bajo las especies de pan y vino. Tal es nuestra Misa-Sacrificio, por cuanto El dió también

(7) Lección 37. Conclusiones, 2 página 237.

(8) Lección 39. Introducción, página 246.

(9) Lección 39, Nº 71 página 248.

entonces a sus Apostóles, y en éstos a los obispos y presbíteros, el poder CONVERTIR el pan y el vino en Su Cuerpo y en Su Sangre, para OFRECERLOS y OFRECERSE ellos mismos, con El, a Dios [10]

Se atribuye entonces a la Misa-Sacrificio una cuádruple finalidad, a saber: 1) ADORAR a Dios; 2) darle GRACIAS por los beneficios recibidos; 3) ofrecerle REPARACION por las ofensas de nuestros pecados, y alcanzar Su AYUDA para hacer verdadera penitencia en orden a obtener el perdón del pecado y del castigo que hemos merecido; 4) conseguir todas las GRACIAS que necesitamos para salvarnos. Esta doble dimensión de reparación y súplica (impetración) es de suyo extendible a OTROS, "vivos y difuntos", en virtud de la "comunión de los santos", que había sido ya descrita antes como "una comunicación de los bienes espirituales entre los miembros de las diferentes partes de la Iglesia", es decir, del cielo, del purgatorio y de la tierra [11]

El catecismo insiste, finalmente, en que tales bienes sólo los alcanzamos en unión con Jesucristo, y en relación también con la propia DISPOSICION personal. Esta, a su vez, implica: 1) hallarse en estado de gracia, así fuere mediante un acto de contrición perfecta; 2) disponibilidad para creer y practicar la doctrina cristiana; 3) propósito de vivir siempre y en todas partes como personas ofrecidas y consagradas a Dios en la misma Misa.

Hasta aquí las explicaciones del Catecismo Básico. Parece conveniente añadir de cuenta nuestra algunas reflexiones. No para evaluar en sí mismas esas doctrinas, porque ello no pertenece a este momento de nuestra reflexión teológica, sino siempre en la búsqueda de las creencias y actitudes concretas de nuestra religiosidad popular eucarística.

Anotamos, entonces, en primer lugar, que la significación de base atribuída al sacrificio, en general, se sitúa según la teología común de la época en una perspectiva más directamente antropológico-religiosa que bíblica e histórico-salvífica. Y ello encuentra sin duda un eco fácil en el alma religiosa de nuestro pueblo sencillo. Pero también, en lo que respecta a nuestra implicación personal en la Misa-Sacrificio, puede haber orientado una captación ingenua de su sentido hacia la identificación apresurada de la Misa con la simple y llana ofrenda de algo exterior a nosotros mismos. Así se trate de la persona adorable de Jesucristo, y en unión con Su propia autoentrega personal al Padre.

En segundo lugar, quizás cabe decir algo semejante de una marcada comprensión antropológico-religiosa de la adoración, como "homenaje" a Dios, Creador y Dueño de todas las cosas, y por lo mismo, poderoso Dispensador de todas ellas, según Su beneplácito. Tampoco discutimos la legitimidad religiosa de ese punto de vista antropológico. Más aún, reconocemos su

(10) Ib. páginas 250- 251.

(11) Lección 19 páginas 106- 110.

presencia también en la tradición bíblica sobre el culto. Pero sí echamos de menos la explicitación ulterior de su especificidad última en el N.T. como "obediencia de la fé". Y por lo mismo, el peligro de que nuestra gente sencilla tienda a situarse en la Misa ante Dios en una relación, hasta cierto punto prevalente, del "te doy para que me dés". Razonable en su propio nivel intersujetivo humano, y aun religioso genérico, pero insuficiente a nivel del culto bíblico, y en especial del culto neotestamentario. También es cierto que las implicaciones prácticas de esa obediencia de fé se explicitan, de alguna manera, en la explicación catequética de las llamadas "disposiciones" del adorante. Pero la pregunta se plantea entonces sobre la índole de la adoración y de la ofrenda cristianas, en sí mismas. Y sobre la comprensión de ellas que haya podido prevalecer en nuestra religiosidad popular.

2. - LA LITURGIA OFICIAL PREVATICANA, EN CUANTO TRANSMISORA DE ESTA DOCTRINA NORMATIVA

Si "el medio es el mensaje", como afirma la teoría de la comunicación, resulta decisivo el influjo de la simbolización litúrgica en la transmisión de la fé eucarística a nivel popular. Tánto más si tenemos en cuenta esas limitaciones pastorales de la época, que hicieron imposible mantener una catequesis estable y continuada para grandes áreas de población. En ese contexto, quizás no sea desacertado pensar que la liturgia oficial de la Iglesia Particular fué la gran formadora de las creencias y actitudes eucarísticas de nuestra religiosidad popular. No sin ese riesgo de simplificación de sus contenidos doctrinales, que anotábamos antes.

Desgraciadamente, también es poco lo que puede ayudarnos en nuestra búsqueda la literatura catequética de que disponemos. El Catecismo Básico se limita a una somera explicación de los objetos, ornamentos y ceremonias, dentro del esquema general del Misal Romano, anterior a la reforma de Pablo VI. [12] Dada la importancia del asunto, para nosotros, debemos intentar entonces una aproximación por otro lado, así fuere en forma conjetural. Nos confiamos, en efecto, en primer término, al conjunto de nuestra propia experiencia personal, compartida durante años con el pueblo creyente. Y haremos luego algunas observaciones, de índole más teórica, que pudieron tener algún influjo en la catequesis sobre la liturgia eucarística.

Al reflexionar sobre esa experiencia personal, nos sorprende, sobre todo, el alto grado de caracterización precisa e inconfundible que logró esta Liturgia en relación con su objetivo central, la Eucaristía. En ella todo concurre a centrar la atención en el Sacramento, a exaltarlo y a develar su dimensión de MISTERIO. Así, por ejemplo, la disposición general del templo, focalizada sobre el espacio de la celebración, y éste enriquecido, a veces hasta el exceso, con los retablos que enmarcan y agigantan el altar. Así, la

(12) Lección 39. Ejercicios páginas 255.

profusión de ornamentos y colores, de gestos rituales encadenados en una sola secuencia solemne, sin otra ruptura que la de la predicación dominical. Así, la sobriedad elevadora del canto gregoriano, o la resonancia sobrecogedora del órgano, de los conjuntos orquestales o de los coros polifónicos. Verdad es que todo ello tuvo vigencia sólo en las liturgias solemnes de las grandes fiestas, y en la medida de las posibilidades concretas de cada población. Pero no lo es menos que fueron ellas las que convocaron grandes muchedumbres populares, y que aun las parroquias más pobres y alejadas de los centros urbanos aspiraban también, según sus propios recursos, y aun con grandes sacrificios, a ese mismo ideal de solemnización. Vale la pena recalcar que, en todo ésto, la dimensión de misterio, a que aludimos antes, se transmitía más por la vista ocular y por la resonancia auditiva musical, que por la palabra articulada del latín oficial. En qué medida contribuyó este hecho a modelar la comprensión popular del Sacramento? En cuanto a las misas ordinarias, incluso dominicales, se imponía una sobriedad, no siempre exenta del riesgo de formalismo y de rutina. El mismo esquema ritual, invariable, se desenvolvía entonces en medio de un silencio atento, sin más rupturas que el corto campaneo al "sanctus" del prefacio, y al "alzar" de la consagración. También ésto pudo propiciar, por otros caminos, la misma experiencia de hondura mistérica. No sin el riesgo de reducir la participación de los fieles a una mera asistencia casi pasiva, o de llenar esa especie de vacío psicológico con otro tipo de devociones personales, como el rosario y los formularios de oraciones.

En segundo lugar, anotamos que ese misterio sacramental articulaba de hecho dos dimensiones en una unidad imponente. De una parte, el Señor Sacramentado, visual y protagónicamente inseperable del sacerdote celebrante. Y de otra, la muchedumbre eclesial, unida más en la convergencia de todos sobre El que en otro tipo de comunicación mutua. Digamos una palabra sobre cada una de estas dos dimensiones.

Por lo que se refiere al Señor Sacramentado, el efecto global de la simbolización litúrgica se aproximaba de suyo a una experiencia de cristofanía, de una manifestación de Cristo en la blancura de esa pequeña hostia. Todo estaba allí dispuesto para enmarcarla y resaltarla, flores y gestos, música y silencio. Y aun la misma secuencia ritual, como tal, era un avance progresivo hacia los dos momentos culminantes de esa manifestación, la "consagración" y la "comunión". Particularmente aquella. Prevenida ya, desde el Sanctus, con el llamado de las campanas, agigantada en las grandes fiestas con el estruendo de los "voladores" de pólvora, desde el atrio exterior del templo, con el repique de las campanas, e incluso con los acordes del himno nacional, culminaba en el "alzar" de la hostia y del caliz, para suscitar la confesión de fé de la multitud en esa aclamación espontánea del "Señor mío y Dios mío!". El significado experiencial de la Misa parecía coincidir así con la experiencia pascual de los discípulos de Emaús que lo reconocieron en el partir el pan (cf. Luc.24, 31). En este horizonte cristofánico, la comunión se imponía a la afectividad de la fé como un encuentro íntimo y supremo de cada uno

con Cristo. Esto, en cuanto a la Misa. Por lo que respecta a las diversas formas del Culto del Sacramento, Exposición del Santísimo, Bendición, Visita y Procesiones, todo parecería preordenado a suscitar la misma experiencia cristofánica.

Pero éso no es todo. La experiencia sacramental de Cristo no sólo estaba enmarcada sino que surgía íntimamente vinculada a una experiencia de comunidad eclesial. Más vivida en símbolos y en comunión de afectos, que en gestos o palabras de comunicación mutua.
Todos vivimos esas misas multitudinarias, donde el porcentaje de anonimato, e incluso de masificación, no logra bloquear el impacto del contagio afectivo. Más aún, se vive entonces vitalmente en pueblo, porque nos expresamos como tal. Ni sólo éso. Un grupo humano es comunidad, es familia y pueblo, en la medida en que hunde sus raíces en un pasado común, los "abuelos". Y el espacio eucarístico de nuestro pueblo no fué nunca un espacio vacío de esa identidad de su pasado. En los retablos y en las imágenes, desde las altas vidrieras multicolores de los ventanales, esa multitud se sentía simbólicamente acogida y sostenida por los rostros familiares de sus santos, amigos y mediadores. Aun a riesgo de ser pretermitido por la preferencia ingenua del devoto hacia su "santo", Cristo-Eucaristía se constelaba de todos ellos, llegaba también por mediación de ellos al corazón sencillo de sus fieles. No se nos escapan las sombras que pudieron oscurecer, muchas veces, otras dimensiones eclesiales, incluso más urgentes, de la Eucaristía. Pero aun aquellas tampoco anulan el hecho masivo de que en la Eucaristía nuestro pueblo encontró así, en forma profunda y vivencial, el corazón de su fé total, cristológica y eclesial. Con sus valores y sus deficiencias.

En qué medida esta experiencia vital de la liturgia eucarística fué enriquecida, y eventualmente purificada, por medio de una catequesis correspondiente? Será exagerado decir que, hasta la Constitución Sacrosanctum Concilium del Vaticano II, la preocupación por una teología de la liturgia se mantuvo confinada a círculos muy pequeños, y que ni siquiera la Encíclica Mediator Dei de Pío XII, su predecesora inmediata, alcanzó una divulgación popular entre nosotros? Si aducimos entonces, ahora, el esbozo de un ejemplo de esa tematización teológica de la liturgia de la Misa, es más por cuanto ilumina y confirma algunos puntos centrales de la visión normativa de la Eucaristía, que hemos expuesto hasta aquí.[13]

La explicación teórica de la celebración, vigente casi hasta el Vaticano II, reconocía en ella dos partes bien diferenciadas, a

(13) Nos referimos a la introduccuón del "Misal diario y vesperal" de Dom Gaspar Lefevbre, 6a. edición, Buenos Aires (1943), por la amplia difusión que tuvo en esa época. Y al Catecismo Alemán, Herder (1957), que recibió buena acogida entre los catequistas.

saber: una larga preparación para el Sacrificio, y la realización propiamente tal de dicho Sacrificio. En efecto:

- La llamada "misa de los catecúmenos", valorada más como una preparación de la misa propiamente tal, abarcaba, como hoy, una liturgia de la Palabra, en oraciones y lecturas. Lefevbre la califica de "culto verbal", por contraposición sin duda al "culto sacrificial" de la segunda parte, es decir a la Misa en su realidad substancial. Constaba a su vez de dos partes: 1) una purificación preparatoria, centrada en actos de contrición;y 2) una iluminación, o instrucción, por la Escritura y la predicación, interiorizada y asumida en actos de fé. Nótese que, mientras esas lecturas se hicieron en latin, todo el poder iluminador e interpelante de la Palabra llegó al pueblo solamente mediado por las capacidades del predicador, y limitado también por los condicionamientos personales del mismo. No sin cierta escrupulosidad teórica, el pastoralista Dom Gaspar precisa que esta parte preparatoria es "extrínseca" al Sacrificio.

- La Misa propiamenta tal, "misa de los fieles", "celebración eucarística" "culto del Sacrificio", abarca desde el Ofertorio hasta la Acción de Gracias final. Sin embargo desde el estricto punto de vista sacrificial, que constituye la preocupación teológica y pastoral fundamental, se impone una nueva subdivisión de la secuencia litúrgica. Tenemos entonces:1) el ofertorio, o preparación de las ofrendas. Expresa nuestra entrega personal, y por lo mismo, es ya una parte "intrínseca" al Sacrificio; 2) la parte "esencial" del Sacrificio o sea la CONSAGRACION, en la cual se consuma el sacrificio sacramental de Cristo; 3) la COMUNION, como participación del "alimento sagrado", y por lo mismo, considerada como parte "integrante" del sacrificio. Significa también el punto cumbre de nuestra unión personal con Cristo; y 4) finalmente, la acción de gracias, parte "complementaria" del sacrificio como expresión del amor agradecido. Es bien sabido cuánto se ponderaba esta etapa final de intimidad, hasta el punto de prolongarla más allá de la celebración en un espacio de oración, personal o comunitaria.

Finalmente, por los que respecta al Culto del Sacramento, fuera de la Misa, la explicación catequética es todavía más somera. Se destaca su sentido de adoración, de acción de gracias, de bendición por cuanto Cristo en persona nos bendice en la Hostia, y de petición de ayuda en todas nuestras necesidades. En cuanto a la procesión, se explicita, casi únicamente, su caracter de homenaje público y social[14].

(14) Así, por ejemplo, en el Catecismo Alemán, página 177.

3.- TRES OBSERVACIONES CONCLUSIVAS

Siempre en búsqueda de las creencias y actitudes populares en torno a la Eucaristía, en cuanto hayan sido influenciadas por la catequesis y la liturgia oficiales, vale la pena destacar en éstas lo siguiente:

1) La Eucaristía, como SACRIFICIO y COMUNION (Sacramento), se distingue en forma casi tajante de la PALABRA, que la precede. Forman todas una sola secuencia celebrativa, pero su unidad intrínseca, constitutiva, y por lo mismo indisoluble, no es muy clara a nivel de la teoría litúrgica. Lo cual a su vez tiende a reflejarse en la práctica común. En el sentido creyente de la época ,"se cumple" por lo menos con el precepto dominical cuando se "asiste" desde el Evangelio. Lógicamente, por cuanto entonces comienza la "celebración eucarística",objeto directo del precepto.[15]

2) La categoría fundamental con que se interpreta la Misa es el SACRIFICIO, por lo demás identificado en su misma esencia con la sola consagración del pan y del vino.La comunión pertenece al Sacrificio sólo como "parte integrante". En qué medida los fieles han podido entonces ver en ella una responsabilidad primaria del presbítero celebrante? Y por lo mismo, abstenerse de ella por razones personales, puede lesionar seriamente la propia participación en el Sacrificio mismo?

3) Tanto por lo que respecta a la Misa, como a la Comunión y al Culto del Sacramento, hay un énfasis masivo en la PRESENCIA del Señor, que a veces adquiere un matiz de profunda intimidad personal con El. No sería de extrañar entonces que la fé y la experiencia de esa Presencia sacramental de Cristo lleguen a constituír la nota característica de las creencias y actitudes de nuestro pueblo respecto a la Eucaristía. El documento de Puebla (n. 196) no expresa sólo una verdad sobre Jesucristo sino también esta experiencia típica de nuestra religiosidad latinoamericana al decir:" Jesucristo, exaltado, no se ha apartado de nosotros; vive en medio de su Iglesia, principalmente en la Sagrada Eucaristía".

Podría decirse, en definitiva, que nuestro pueblo fué formado en su fé eucarística por la catequesis y la liturgia oficiales en manera tal, que habría de sintetizarla experiencialmente en torno a estos tres símbolos fundamentales: el Altar, el

(15) El Catecismo Alemán (página 239) describe así el precepto de "oír Misa ENTERA:" escuchar devotamenta la predicación, oír devotamente la Santa Misa, y si es posible, recibir el Cuerpo de Cristo.

Sagrario, y la Custodia o expositorio del Santísimo Sacramento.[16]

4.- LA EUCARISTIA EN LA CATEQUESIS POSTCONCILIAR

En un cuerpo social vasto y complejo, como el de nuestra Iglesia Particular, no cabe esperar una rápida y uniforme renovación de la catequesis eucarística en la perspectiva abierta por el Concilio. Pues no basta la disponibilidad de materiales catequéticos adecuados, sino que también, y sobre todo, se requiere un cambio correspondiente en los mismos evangelizadores. Ni tan solo por la mera adición teórica de algunos elementos nuevos. Solo la apropiación personal de esa perspectiva nueva puede garantizar la coherencia y espontaneidad pedagógicas de un buen proceso catequético. Pues si tenemos en cuenta las dificultades y limitaciones de una tal renovación en no pocas personas, que conceptualizaron y han vivido por años su fé eucarística en la perspectiva pre-conciliar, debemos también prever, en el conjunto de la catequesis eucarística actual, una franja más o menos amplia de continuidad casi total con la línea del Catecismo Básico de 1953, y aun de su más recurrido predecesor el Astete. Ello refuerza nuestra hipótesis inicial de una cierta vigencia de la visión eucarística pre-vaticana aun en sectores amplios de las nuevas generaciones.

Pero también existe entre nosotros, y crece en influjo, el otro polo de transición con una catequesis más afín a la línea del Vaticano II. De ella nos ocupamos ahora, siempre al mismo nivel elemental escogido, por cuanto da quizás mayores garantías de estar alcanzando un ámbito mayor de población. Para ello, seleccionamos, a manera de ejemplo, tres modelos catequéticos de la década de los 80. En conjunto, perfilan una nueva tendencia, aunque presenten diferencias notables entre sí. Y, por lo demás, en cierta manera pueden recubrir el panorama total de una evangelización eucarística a nivel popular.

4.1. - Catequesis preparatoria de la Primera Comunión

En una Iglesia donde el Bautismo se recibe en la primera infancia, y por lo mismo, más como don y extensión de la fé de los mayores, el acceso a la Eucaristía constituye de hecho, para nuestros niños, el primer paso decisivo hacia una apropiación personalizada de su fé, y un compromiso con ella. Incluso cuando ha sido precedida por otra catequesis más

(16) Por razones pedagógicas nos hemos limitado en esta reseña a materiales catequéticosde caracter oficial. Sin embargo, por lo que respecta a la Misa, no podemos ignorar toda una literatura popular en forma de folletos que tratan de promover una participación activa de los fieles. Así, por ejemplo, sólo de la decada de los 30, podemos citar los siguientes: Ismael de J. Muñoz, La Santa Misa (Medellín 1934); Fr. Odorico A. Larusa, participación activa en el Sacrificio de Cristo y Ordinario de la Misa (Bogotá 1937); La Santa Misa dialogada. Breve resumen para uso de los Cruzados Eucarísticos de Chapinero (Bogotá 1940).

elemental, la preparación para la Primera Comunión ofrece al pequeño discípulo de Cristo una primera confrontación global con el Credo cristiano, y con las exigencias de vida que éste le plantea en su relación cotidiana con Dios y con la Comunidad eclesial.[17] Desde nuestro punto de vista eucarístico, este hecho tiene un gran valor. Así, desde el primer momento, se evangeliza la Eucaristía como una instancia privilegiada al interior de una vida total de fé. Y por lo mismo, el Sacramento recupera su horizonte propio, mucho más amplio que el de una mera instancia cultual.

4.1.1.- Contenidos básicos doctrinales:

A través de catorce reuniones catequéticas, el niño es conducido desde un encuentro con Dios, creador y Padre nuestro, al descubrimiento de Jesús nuestro Salvador, en Sus enseñanzas y mandatos, en Su muerte y resurrección, en Su envío del Espíritu a nosotros. Aprenderá así a reconocer en la Iglesia a su propia Familia, y a percibir la función propia de los Sacramentos de iniciación en el proceso de su propia pertenencia a ella. Tal es el contexto de la breve catequesis directamente eucarística, que se articula en las siguientes afirmaciones doctrinales:

- En la Santa Misa Jesús se ofrece a Dios para salvarnos (Sacrificio): Jesús, en la última cena, nos dejó el mejor recuerdo de Sí mismo al convertir el pan y el vino en Su Cuerpo y Sangre, y dejar a los obispos y sacerdotes, como sucesores de los apóstoles el poder de hacer lo mismo que El hizo. Así se quedó con nosotros. También Jesús se ofrece al Padre como sacrificio por nuestros pecados cada vez que celebramos la Eucaristía. Y en ella hablamos también nosotros con Dios Padre por medio de las Escrituras que se leen, de los cantos y oraciones (Reunión 15, pp. 41-43).
- En la Eucaristía Jesús se queda con nosotros (Presencia): Jesús está verdadera y realmente presente en la Sagrada Eucaristía, y se queda en ella aun después de la Misa para que puedan recibirlo también los ausentes y para que lo visitemos como amigos en el Sagrario. La comunión nos une íntimamente con Jesús y con nuestros hermanos, y al recibirlo le manifestamos nuestro amor (Reunión 16, pp. 44-47).
- Jesús en la Comunión se nos da como alimento (Vida): El es el pan de vida, del que necesitamos alimentarnos para poder vivir como hijos de Dios e ir al

(17) Nos referiremos aquí a la Guía para la Primera Comunión, editada por el Centro Nacional de Catequesis, Bogotá (1975). En las normas para su empleo, se la describe así: "una auténtica cartequesis de iniciación cristiana. Ella abarca, en efecto, todo lo elemental, pero completo, del contenido de la fé y vida cristiana. Da oportunidad al niño para que tome conciencia del compromiso, que como cristiano le corresponde ante la comunidad y ante Dios" (página 5).

cielo. Para poder comulgar dignamente tenemos que ser amigos de Jesús, es decir, estar en gracia, sin pecado, o reconciliarnos antes con Dios en la confesión. Después debemos mostrarnos agradecidos con Jesús, viviendo como verdaderos cristianos, amando a Dios y a todos nuestros hermanos (Reunión 17, pp. 48-51).

- La Misa es nuestro mejor culto a Dios (Adoración): en el contexto del domingo, como día del Señor, para Su alabanza y nuestro descanso, se precisa que la Santa Misa es la manera mejor de honrar a Dios. En ella adoramos al Señor, le damos gracias por todos los beneficios, le pedimos perdón por lo que le hemos ofendido, y le ofrecemos todo lo que vamos a hacer (Reunión 18, pp. 52-55).

En el proceso catequético, esta iniciación doctrinal sobre la Eucaristía se enriquece con una triple referencia, en cada uno de sus pasos: 1) a las experiencias personales del niño, que iluminan el simbolismo del Sacramento, tales como la mesa familiar, el alimento y las celebraciones sociales (nivel antropológico); 2) a los testimonios del N.T. que sitúan el Memorial Eucarístico en relación con la Pascua del Señor (Luc. 22, 15-20), y con Su persona misma como Pan de Vida (Jn. 6, 48-55) (nivel bíblico); 3) a la vivencia peculiar de los procesos rituales, como expresión de la fé, mediante celebraciones pedagógicas (nivel litúrgico).

4.1.2. - Núcleo mínimo de significados eucarísticos

Resulta importante, para nuestro intento, aventurar siquiera como hipótesis la comprensión global del Sacramento que nuestros niños de Primera Comunión pueden lograr de esta preparación. Traduciendo a un lenguaje más familiar cabe decir que la Eucaristía aparece como un Encuentro muy peculiar con Cristo, que se entrega al Padre por nosotros y se nos da para acrecentar nuestra capacidad de vida cristiana, que nos une con nuestros hermanos, y nos coloca en una relación de confianza y de gratitud con Dios.

Para no pocos de nuestros cristianos, esta pequeña semilla constituirá en adelante el núcleo doctrinal de su fé eucarística. Por el gran número de quienes no tienen acceso a una educación secundaria, y aun para aquellos que lo logran, por la situación tan precaria de la catequesis en las instituciones educativas en donde no hay presencia pastoral de la Iglesia. Verdad es que se ha abierto la posibilidad ulterior de los cursos de preparación para la Confirmación, en la primera juventud. Pero se puede esperar una profundización mayor en la mayoría de los casos? No requieren entonces toda la atención otras dimensiones de la vida cristiana? En todo caso, se ha de tener en cuenta el acrecentamiento de significados concretos que seguirá acumulando el cristiano practicante a través de la Liturgia. Y están también, para muchos, las posibilidades que ofrecen los otros dos modelos catequéticos que veremos enseguida.[18]

(18) De hecho, entre nosotros se han multiplicado estas ayudas catequéticas para la

4.2. - Un breve Catecismo popular [19]

Su destinación más general ofrece a los adultos ya evangelizados en la perspectiva eucarística preconciliar algunos de los ajustes requeridos por el Vaticano II, y así mismo, un cierto enriquecimiento doctrinal a quienes fueron preparados para su Primera Comunión en la línea que acabamos de esbozar. En términos generales podemos decir que su lenguaje más magisterial, y la ausencia de una explícita referencia antropológica, lo aproximan más al estilo de la catequesis anterior al Concilio. En cambio, presenta algunas variaciones notables en cuanto a la contextualización teológica del Sacramento. Nuestra reseña del texto procura, ante todo, destacar esos nuevos contextos.

4.2.1. - Contextualización cristológica, Eucaristía y Misterio Pascual [20]

Resulta sorprendente una especie de anticipación pedagógica por la cual el Catecismo habla ya de la Misa en el contexto de la vida y obra de Jesucristo (Cps. 4 a 6), y por lo mismo, antes de hacerlo en su propia perspectiva sacramental (Cp. 8). Para nosotros, ello evidencia la intención catequética de enraizar la Eucaristía, primariamente, en el Misterio Pascual de Cristo, y en referencia directa al Sacrificio de la Cruz/ Resurrección, que el Señor mismo anunció y celebró en la Ultima Cena. El significado de la Misa resulta así determinado, en primer término, por ese mismo Sacrificio, mediante el cual hemos pasado de la esclavitud del pecado a la libertad, de la muerte a la vida. Reconciliados así con Dios, que nos hace hijos Suyos, surge la exigencia de reconciliarnos de corazón con nuestros hermanos, y de llevar una auténtica vida cristiana. En efecto, precisa el Catecismo, la Misa no es un mero recuerdo, sino la verdadera renovación de ese Sacrificio, "fuente de la salvación del mundo". Todo ello mediante la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, y por su ofrecimiento por los pecados del mundo. Se concluye que, para el cristiano, "la Santa Misa ha de ser el centro de sus relaciones con Dios", y se lo exhorta a asistir a ella "devotamente", es decir, "uniéndose al Sacrificio de Cristo en la cruz".

---

preparación de la Primera Comunión, dentro del mismo esquema global y con acentos diferentes en lo que refiere a la contextualización antropológica y experiencial. Pueden verse: Catecismo de Primera Comunión. Yo soy el Pan de Vida (Ediciones Paulinas, Bogotá, 1985); La Fiesta del encuentro. L. Vallejo B. (Bogotá, 1977); Somos invitados. Camila Gutiérrez y su equipo de formadores catequistas parroquiales (Bogotá, 1987).

(19) Nos referimos al Catecismo de la Vida Cristiana publicado en la Arquidiócesis de Bogotá (1983) bajo la responsabilidad pastoral del Cardenal Anibal Muñoz Duque.

(20) Cp. 5. El sacrificio de Jesús nos reconcilia con Dios.

4.2.2. - Contextualización eclesial, Eucaristía y vida de fé en Iglesia [21]

Es este, quizás, el cambio de perspectiva más notable. La catequesis pre-vaticana situaba el tema de los Sacramentos en referencia primaria a la Gracia, de la que son mediaciones visibles. Sin negar, por supuesto, esa relación, el Catecismo los sitúa, en primer término, en el tema de la Iglesia. Por cuanto " la vida de Cristo se nos comunica en la Iglesia, mediante los Sacramentos", como afirma la Constitución Lumen Gentium (n. 47). Y ésto, a su vez, pone también de relieve la relación de los Sacramentos con la fé, según enseña la Constitución Sacrosanctum Concilium (n. 59). El Catecismo describe entonces los Sacramentos como "signos externos y sagrados, instituídos por Jesucristo para darnos la vida de Dios. Ellos no solo suponen la fé sino que a la vez la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas".

4.2.3 - Contextualización sacramentológica, Eucaristía e iniciación cristiana [22]

Dentro de este proceso catequético, que avanza desde el horizonte último de la vida, muerte y resurrección de Cristo, y pasa por la mediación eclesial y sacramental, hasta la vivificación personal de cada uno, en la respuesta de fé; la Eucaristía encuentra su ubicación definitiva, y por lo mismo su significado al interior de la vida cristiana, en una relación inmediata con el Bautismo y la Confirmación, como los otros dos sacramentos "que nos hacen cristianos". Una vez realizado este reajuste contextual, el Catecismo simplemente reasume las afirmaciones doctrinales en el lenguaje tradicional, a no ser por el empleo más bíblico de la categoría de "memorial". Podemos sintetizarlas así: 1) Institución de la Eucaristía por Cristo en la Ultima Cena, según el tenor de Sus mismas palabras y el poder conferido por El entonces a Su Iglesia en los apostóles. 2) Transformación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, perpetuando así el Sacrificio de la Cruz en este Memorial de Su muerte y resurrección. 3) Todo ello, para alimento nuestro y prenda de resurrección, para acción de gracias a Dios Padre, y para integración de nuestras propias penas y alegrías en el sacrificio de Cristo. 4) Permanencia de la presencia eucarística de Cristo en nuestros Sagrarios, para la comunión de los enfermos y la adoración de los fieles.

4.2.4. - Acrecentamiento de sentido respecto del catecismo de Primera Comunión

Si volvemos a la idea de Encuentro, asumida antes (n.4.1.2), y atendemos a los resultados de esta nueva contextualización,

(21) Cp. 7. La Iglesia de Cristo y los Sacramentos.

(22) Ib. Nº 8, páginas 90 - 93.

cabe esperar que el catequizado haya enriquecido su bagaje doctrinal eucarístico al comprender que ese encuentro privilegiado con Cristo en la Eucaristía no puede restringirse a los límites de un contacto meramente ritual. Es más bien un punto de inserción en una realidad mucho más amplia. Ante todo, cristológicamente, en la medida en que se arraiga en la totalidad de la vida, muerte y resurrección del Señor. Así mismo eclesialmente, por cuanto la Iglesia es la mediación de la presencia vivificante del Resucitado en el hoy del creyente. Y en tercer lugar, respecto de la vida del creyente mismo por cuanto ese "hoy" no es el momento puntual de la celebración sino un proceso siempre inacabado de entrar en la obediencia de la fé y en el ejercicio del amor fraterno.

Estas líneas doctrinales, que quizás apenas se perfilan en el Catecismo de la Vida cristiana, van lograr mayor densidad en el tercer modelo catequético, que ahora pasamos a reseñar.

4.3. - Una catequesis eucarística para la Educación Básica Secundaria [23]

El horizonte global ha sido ya descrito, en un curso anterior (Religión 6.-Vivir en el amor), como la historia del amor de Dios, que nos ha sido dado en Cristo, y que vivimos en la Iglesia. Ahora los Sacramentos, en forma sucesiva y orgánica, son ubicados en el contexto próximo de esa Vida, como don del Espíritu, en una Iglesia que es Sacramento de Vida (Unidades 1 a 4). En forma inmediata la Eucaristía se contextualiza entre los Sacramentos de la Iniciación Cristiana. El Bautismo, como nacimiento a la vida de Dios, y la Confirmación que signa en el Espíritu nuestra responsabilidad en la vida de la Iglesia (Unidad 4, A-B-C).

4.3.0. - La fiesta de la Comunidad [24]

Como lo anuncia el mismo subtítulo, la categoría experiencial de la Fiesta constituye el punto de arraigue antropológico, el hilo conductor de todo el proceso catequético, el contexto interpretativo de los testimonios neotestamentarios, y el ámbito de comprensión de la ritualización litúrgica del Sacramento.

4.3.1. - Reunidos alrededor de una mesa [25]

Una toma de consciencia del significado social de la comida festiva abre acceso a una primera comprensión básica de la Eucaristía como fiesta "que reune a la

(23) Religión 7. Evangelio y Vida. Vivier en el Espíritu. Educación Básica Secundaria. Decima cuarta edición, revisada y actualizada. Dirección: Jaime de J. Díaz, Pbro; Autor: Blas Blanco. Edición Paulinas, Bogotá (1986). Aunque no tiene el caracter oficial de los dos catecismo anteriores, es un buen ejemplo de la evolución actual de una catequesis eucarística que, cuando menos, ha sido aprobada por nuestro Magisterio Episcopal.

(24) O.C. páginas 68 - 77.
(25) Ib. páginas 69 - 72.

familia de los hijos de Dios para celebrar el don de Dios a los hombres en Jesucristo y para compartir a Cristo hecho comida". El relato de Lucas 22, 14-20 sobre la institución de la Eucaristía por Cristo,"cuando celebraba la fiesta de la Pascua con sus discípulos", fundamenta esta primera afirmación sobre el sentido de la Misa:" Por eso nos reunimos alrededor de la mesa del altar: para expresar que somos hermanos, para sentirnos hermanos, para celebrar nuestra fé en Cristo, y para expresar nuestra unión con El y nuestros semejantes."

La misma comprensión festiva de la Eucaristía devela también el sentido del rito de su celebración. Y sobre todo pone de manifiesto el caracter protagónico de Cristo en ella. En efecto,"cuando tú vas a una fiesta es porque alguien te ha invitado. También Jesús te invita a compartir su vida en la fiesta de la Eucaristía y a participar en el Reino de Dios presente entre nosotros." Se ha ganado así un nuevo elemento de significación, el Reino de Dios presente. La parábola del banquete, en Lucas 14, 16-24, viene entonces a poner en evidencia la vinculación simbólica entre Reino y fiesta/banquete en la intención profética de Jesús. Y logramos también un segundo nivel de significación del Sacramento:"La fiesta de la Eucaristía es nuestra expresión de que el Reino de Dios está entre nosotros, en la presencia de Cristo y en el amor que vive la comunidad." Fuera de toda exigencia legalista, el catecismo ofrece al jóven la Misa Dominical como una invitación de Cristo y como nuestra respuesta a esa fiesta de hermanos.

4.3..2. - Cristo se entrega a los hombres [26]

Lo decisivo en esta fiesta eucarística es nuestra relación con el mismo invitante, Cristo Jesús, por cuanto "los sacramentos son prolongaciones de acontecimientos de la vida de Jesús en la vida de la Iglesia. Son su presencia continuada." Nuestra fiesta se ubica, pues, en la perspectiva del recuerdo de un pasado fundante, pero tal que se impone ahora como una realidad actual. La Eucaristía actualiza en nuestro hoy creyente el "gran acontecimiento de la Encarnación y la Pascua: Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, se entrega a la muerte para dar vida a todos los hombres." Se fundamenta así un tercer nivel de sentido del Sacramento puesto que "cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, hace realmente presente a Jesucristo y repite el sacrificio (entrega) de su vida". Se ha recuperado también el sentido bíblico del Memorial, que "consiste en realizar el mismo gesto de Jesús en la última Cena, en la cual él se entregó por amor como alimento de vida, y en anunciar la realización definitiva del Reino de Dios".

La anterior alusión a la Pascua evoca de nuevo el texto de Lucas 22, 13-22 sobre la última Cena, pero esta vez para introducir un nuevo significado a la Eucaristía, el de liberación y Nueva Alianza, que es interpretado en referencia a la acción liberadora de Dios con Su Pueblo, en Egipto, a la luz de Ex. 13, 9-10. Se llega así a una visión global del Sacramento :"Cada vez que celebramos la Eucaristía, estamos

(26) Ib. páginas 72 - 75.

repitiendo este gesto de Jesús. Uniéndonos a él y a los apostóles. Con él damos gracias al Padre y le ofrecemos el sacrificio de Su Hijo."

Finalmente, la índole sacramental del Memorial Eucarístico postula su expresión ritual. El joven es introducido entonces a una reflexión sobre el texto de la Anáfora 2a. de nuestro Misal Romano, como medio para aprender a descubrir ese mismo mensaje anterior en la liturgia actual de la Iglesia.

Sintetizándolo todo, el catecismo concluye: " En la Eucaristía, la comunidad cristiana celebra la Fé, expresa la unidad y se alimenta de Jesús."

4.3.3. - Tu compromiso [27]

La Eucaristía, como fiesta, emerge de la vida. Y por lo tanto debe también irrigarla de nuevo en actitudes y en un compromiso de comportamiento coherente con sus significados y valores. Pero la explicitación de ese compromiso va a permitir esclarecer también la raíz dinámica de esta vida comunitaria, que se alimenta en la Eucaristía, y no menos su exigencia misionera.

En primer lugar, la Comunidad se arraiga en el amor. Y a su vez le confiere a éste una corporeidad social. En efecto, "la Eucaristía es expresión de una comunión que ya existía. Y hace que esa comunión se fortalezca, crezca, se extienda." Esta comunión, que se expresa de muchas maneras en el rito, tiene su fuente en el amor : "La Eucaristía, a la vez que expresa que somos comunidad, alimenta el amor que realiza y fortalece esa comunidad. Es sacramento, signo de amor. Del amor que se vive. Del amor que Cristo comunica. Del compromiso de amor que se va a vivir."[28] Si antes, el caracter festivo de la Eucaristía ayudó a rescatar la misa dominical de un mero preceptismo legalista, ahora esta constatación de su eficacia en orden a crear una comunidad de amor la vindica de un falso puntualismo meramente ritual: "la Eucaristía no es un acontecimiento aislado en nuestra existencia. Está en continuidad con toda nuestra vida."

Y una vida, que por serlo en Cristo-Iglesia, es también exigitivamente misionera. Siempre Lucas, pero esta vez en el relato de Emaús (24, 13-35), deja en evidencia que la Eucaristía es un misterio de amor en expansión:" quienes participan en la Eucaristía salen a contar su experiencia del amor de Dios. Salen a comunicar su encuentro con Cristo. Pero no sólo con palabras, sino con su vida: con el amor que se transparenta en todas sus acciones. Son testigos del amor."

---

(27) Ib. páginas 75 - 77.

(28) Cómo no echar aquí de menos una fundamentación de esta relación eucaristía comunidad en el magnífico testimonio de Pablo (la Cor. 10 y 11?).

4.4.- Nuevo acrecentamiento de sentido

Aparte de un indudable enriquecimiento experiencial, con respecto a los logros del Catecismo de la Vida cristiana, y además de la unidad de visión que proporciona esa articulación de todos los significados eucarísticos en la categoría antropológica de fiesta; el aporte más notable de este modelo catequético es quizás la integración del Sacramento en la vida cristiana, en comunidad. Así parece suponerlo el mismo texto cuando compendia todo lo dicho en este recuadro final, que favorece su apropiación para toda la vida:" Cristo presente nos invita a vivir en el amor. A celebrar nuestra vida de amor en la Eucaristía. A hacer de nuestra vida un signo de su amor. A recibir Su Cuerpo y Su Sangre, fuente de vida y amor."

Pero la pregunta decisiva es ésta: en qué medida cabe esperar que esta comprensión de la Eucaristía haya alcanzado ya sectores suficientemente amplios de nuestra religiosidad popular? Si nos atenemos al sólo número de posibles catequizados en esta perspectiva postvaticana, es de suponer que será todavía proporcionalmente muy limitado. Y en general se restringe a las generaciones más jóvenes. Queda, sin embargo, otra posibilidad que debemos rastrear enseguida, el influjo de la celebración litúrgica de estilo postconciliar, en cuando comunicadora, por sí misma, de sentido.

5. - POSIBLES APORTES DE LA LITURGIA OFICIAL, POSTERIOR AL CONCILIO

Si nos atenemos a los modelos que hemos reseñado, no es mucha la formación litúrgica que cabe esperar del solo proceso catequético. Nos volvemos entonces hacia el hecho litúrgico en sí mismo. Y nos preguntamos en qué medida el estilo promedio de celebración actual, después de la reforma de Pablo VI, puede estar comunicando a la generalidad de los fieles la perspectiva eucarística del Concilio. De nuevo aquí, ante la carencia de una investigación metódica, nos contentamos con una aproximación global, y un tanto conjetural.

Como en el caso anterior de la catequesis, tampoco aquí cabe esperar un avance uniforme y suficientemente generalizado. En su espontaneidad cotidiana, la liturgia no puede menos de expresar la precomprensión eucarística de los mismos celebrantes. Así, tampoco es de extrañar que encontremos, con cierta frecuencia, celebraciones de sentido más preconciliar, así vengan revestidas de las formas litúrgicas prescritas por la reforma de Pablo VI.

Excluímos también aquí de nuestra consideración otro tipo de celebraciones, más ajustado quizás al espíritu de la reforma, pero que de ordinario se realiza al interior de grupos restringidos. Estos hechos pueden influír, a lo más, en forma indirecta. En cuanto promueven la formación de un nuevo tipo de celebrantes, y en cuanto crean la expectativa de un nuevo estilo de celebración.

Hay sin embargo una serie de hechos litúrgicos suficientemente generalizados

que, por sí mismos, están remodelando aspectos importantes de la comprensión eucarística de los fieles. A ellos nos referimos enseguida.

5.1. - Aportes positivos

En primer lugar, en cuanto a la fuerza expresiva del proceso celebrativo. El paso del latín a la lengua vernácula viene haciendo el conjunto simbolizante del rito más inteligible para todos. Este solo hecho acrecienta en gran manera su capacidad de comunicar significados muy precisos, y por lo mismo, lo salvaguarda de recaer en niveles de expresividad más genérica, que pueden ser experienciados y comprendidos por la gente sencilla en el horizonte de una simple religiosidad. Así mismo devuelve al conjunto celebrativo su plena unidad y su coherencia total. Sin perjuicio de su caracter progresivo y ascendente hacia los momentos cumbre de la Consagración y Comunión, rescata a éstos del riesgo de aislacionismo en que pudo incurrir con cierta frecuencia la liturgia preconciliar, al menos en su captación ingenua por los fieles.

Esta mayor comprensibilidad del rito tiene que repercutir, a su vez, en la comprensión popular del núcleo fundamental del Sacramento, que se condensa en la acción memorial, sacrificial y convival en torno al pan y la copa. Sobre todo, por la recuperación plena de la Palabra bíblica, como mediación privilegiada del misterio salvífico en toda su amplitud. En fuerza de la sola unidad vivencial del rito, se enriquece para todos la significación concreta de Cristo-Eucaristía. No es éste el mismo que nos ha hablado ya, y ha actuado ante nosotros, en la memoria evangélica? No es el Cristo meditado allí mismo en las cartas apostólicas e iluminado desde la profrecía veterotestamentaria? No se han hecho más asequibles e interpelantes las exigencias de nuestro seguimiento? Tánto más cuando la homilía, las moniciones y preces, desarrollan en forma coherente sus implicaciones en la vida concreta de los participantes. La Eucaristía puede hacerse portadora más plena de la luz y fuerza de Cristo, en cada situación.

En segundo lugar, constatamos una ampliación y consolidación de la dimensión comunitaria y eclesial de la Eucaristía. Ya sea por el solo hecho de una extensión a todos, real y palpable, de la actividad celebrante. El protagonismo, innecesariamente tan solitario antes, del sacerdote "que da Misa", se integra ahora mejor en una experiencia común de ser todos celebrantes, si bien cada uno a su manera. Pero además, fácilmente se multiplican en el rito las expresiones de mutua relación fraterna. Vivencialmente, al menos, la experiencia tradicional de ser-comunidad en la convergencia de todos en único Cristo-Eucaristía asume ahora la densidad concreta de esta red de comunicaciones interpersonales. Ello, aun sin contar con muchas otras posibilidades, abiertas por la reforma, para el acrecentamiento del sentido de pertenencia eclesial.

Es evidente que todo ésto depende, en último término, del empeño y habilidad del presbítero en cuanto animador responsable de su comunidad. No se puede esperar los mismos resultados de una

celebración empobrecida y aun defectuosa. Esta última posibilidad nos plantea también algunos interrogantes.

5..2. - Interrogantes

En primer lugar, en cuanto a la vigencia de esa capacidad de inducir una experiencia cristofánica, tan manifiestamente lograda por el tipo de celebración pre-conciliar. Dicho en mejores términos, bíblicos, la promoción de una experiencia masiva del "lo reconocieron en el partir el pan". Y es que esa misma accesibilidad del rito, cuando no se la maneja en forma adecuada, bien puede redundar en disminución, si no ya en pérdida, de la intencionalidad transcendente del símbolo cristológico. Bien puede estar presente esta sensación de pérdida en la nostalgia de los viejos por una experiencia de "misterio", que no encuentran siempre en celebraciones, por así decirlo, aplanadas.

En el mismo sentido, ocurre también el riesgo de que la fuerte experiencia de comunicación fraterna, especialmente en grupos pequeños de fuertes intereses comunes, desequilibre el conjunto de la celebración hacia su polo comunitario. El encuentro mutuo, aun realizado en el Señor, parece opacar el encuentro con El. Como también el impacto de la meditación común de la Palabra puede enriquecer, sí, la iluminación de la vida, pero sin abrir acceso al contacto inmediato con Cristo mismo, como único Dispensador de ella. Con el resultado, bien paradójico por cierto, de una pérdida de relevancia, y sobre todo, de profundidad cristológica del sacramento del pan y de la copa. Por una parte, con ello se le resta seriedad existencial al acto personal de comulgar. Y entonces, la sola multiplicación del número de comulgantes no significa de suyo una ampliación correspondiente del número de los comprometidos vitalmente con Cristo. Y por otra parte, puede ir cundiendo incluso una minusvaloración de la celebración eucaristíca, en su conjunto, frente a las experiencias más satisfactorias del diálogo grupal, abierto a los intereses inmediatos de la vida corriente, y sin los limitantes de una estructura ritual. Sobre todo, en la medida en que la fuerza simbólico-transcendente del pan y el vino eucaristizados, ya no compensa en experiencia de encuentro con Cristo mismo, esa restricción a la interpersonalidad fraterna y al impacto en los problemas de la vida diaria.

En conclusión, podemos presumir que el estilo litúrgico reformado está remodelando de hecho nuestra religiosidad popular eucarística hacia perspectivas más afines con la doctrina del Concilio. Tampoco se nos ocultan sus riesgos y limitaciones cuando no se asume el espíritu de la reforma misma, o se estanca el proceso de su implementación. No hay que ser particularmente crítico para afirmar que estamos lejos todavía, al menos en promedio, de haber transitado ya las posibilidades abiertas por la reforma litúrgica de Pablo VI. Tampoco se olvide que la misma accesibilidad a todos del rito plantea nuevas exigencias en cuanto a la calidad de su realización. Tánto más cuando está llegando a todos, cada vez más, el refinamiento de los procesos de

comunicación, propio de nuestra cultura urbana, a través de los mass media. Con razón echan de menos nuestros Pastores en Puebla (cf. nn. 899 y 940) un empeño mayor por la sana y más profunda inculturación latinoamericana de nuestra liturgia eucarística. Sin los excesos de un nuevo folklorismo ingenuo, y sin menoscabo de la catolicidad.

III. LAS CREENCIAS Y ACTIVIDADES EUCARISTICAS EN SU EXPRESION POPULAR

Si la catequesis y liturgia oficiales proveen el núcleo normativo de significados y valores, que informan la práctica eucarística de nuestro pueblo, tampoco constituyen por sí solas la realidad peculiar y concreta de nuestra religiosidad popular. Dos caminos complementarios pueden, entonces, aproximarnos más a esa realidad: 1) la recepción popular de esas doctrinas normativas, en cuanto se expresa en la práctica popular de la liturgia oficial; y 2) la integración que hace el pueblo mismo de la Eucaristía en sus devociones y prácticas religiosas más espontáneas, en las que asume un papel más creativo, y por lo mismo, expresan sus creencias eucarísticas más profundas y arraigadas.

1. - RECEPCIÓN POPULAR DE LA PRÁCTICA EUCARÍSTICA OFICIAL

Agrupamos los hechos disponibles en torno a las dos modalidades que asume la Eucaristía en nuestra Iglesia, a saber: 1) la Santa Misa; y 2) el Culto del Sacramento.

1.1. - La Santa Misa

Es, con mucho, la práctica eucarística prevalente a nivel popular, sobre todo después del Concilio. No cabe duda del influjo positivo que ha tenido en ello la reforma litúrgica, asumida en general con sencilla apertura por nuestro pueblo. Pese a múltiples factores adversos, es todavía grande la proporción de creyentes que participan en la celebración de la misa, al menos algunas veces durante el año, sobre todo con ocasión de las grandes fiestas litúrgicas de Navidad, Año Nuevo y Semana Santa. Más aún, cabe afirmar que todavía la participación en la misa dominical es notable. Sin duda con una amplia gama de menor o mayor frecuencia en los casos personales.[29]

Observamos también en el pueblo un avance positivo hacia formas de participación más activas y comunitarias.

(29) Cualquier evaluación simplemente numérica puede resultar engañosa si no se tiene en cuenta la desproporción evidente entre el número de habitants que se confiesan católicos y las posibilidades reales de brindarles una atención pastoral adecuada. El mero de hecho de Iglesia llenas, los domingos, puede ocultarnos una realidad más incierta y preocupante.

En cantos, aclamaciones, oraciones comunes, saludo de paz. Se diría incluso que el pueblo mismo está más dispuesto a participar activamente en la celebración, de cuanto le permite a veces la inercia de los responsables, o un cierto recelo ante todo aquello que, se presume, podría oscurecer la acción ministerial más propia del sacerdote. Sin embargo, en una apreciación global de los hechos, tampoco se puede perder de vista el peso que mantiene, en los hábitos de los mayores, la larga y arraigada tradición de una liturgia pre-conciliar. Ya la misma designación popular de "decir, hacer, dar Misa", en referencia al sólo presbítero presidente, acusa una pre-comprensión prevalente del papel de los fieles en la celebración, en su forma más elemental de *asistencia* y *audición* . "Oír misa" sigue siendo una expresión común popular, que corresponde a una realidad proporcionalmente amplia. Ahora bien, por más que ello no sea lo mejor deseable, y aunque produzca una dolorosa impresión de peso muerto en los promotores de una participación más activa y adecuada, con todo, tampoco sería objetivo atribuírlo, sin más, a indiferencia o a pura pasividad del pueblo. No olvidemos que, por generaciones, la participación "activa" asignada a los fieles discurrió por los cauces de la visión contemplativa, del silencio y de la devoción interior. [30] Lo cual tampoco niega todos los riesgos de recaída en la pura pasividad, la distracción, o la derivación hacia otro tipo de pensamientos y devociones, más o menos ajenas al sentido de la celebración.

1.1.1. - Aproximación al significado y vivencia populares de los grandes momentos constitutivos de la Misa

Y en primer lugar, en cuanto a la Liturgia de Entrada, y en particular, a su instancia penitencial. Con la cautela que nos impone un problema, de suyo más complejo, anotamos nuestra duda acerca de la efectiva captación, que haya logrado nuestro pueblo, de la dimensión de conversión que este primer momento litúrgico imprime de por sí a todo el proceso subsiguiente de la celebración. Aun sin incurrir en el exceso de equipararla, sin

(30) Un viejo catecismo ilustraba así a los fieles acerca "De la manera de asistir a la Santa Misa": a) Modestia exterior: vestido decente, recogimiento y silencio, estar de rodillas; b) Devoción del corazón: unir la intención personal a la del sacerdote en el ofrecimiento del Sacrificio, meditar la pasión, pedir perdón por los pecados, hacer por lo menos la Comunión Espiritual, es decir, de deseo; c) Oraciones: pedir a Dios por los vivos y los difuntos. Otros "rezos" de suyo "no estorban... con tal que se procure buenamente seguir las ceremonias" Dar gracias a Dios, al terminar la misa. Catecismo Mayor. Prescrito por Pío X para la diócesis de Roma. Madrid (1927). Parte IV, Cp. 5, párrafo 2, nºs. 668-674, páginas 120 - 121.

más, al Sacramento de la Confesión, todavía nuestro pueblo sencillo parece estar lejos de reconocer, vivencialmente, su caracter reconciliador en orden a "las culpas cotidianas" en que incurre nuestra debilidad.[31] Si no, porqué esa urgencia de "reconciliarse" de los veniales, "para poder comulgar"? Ni tampoco la sola disminución notoria de este tipo de confesiones, hoy por hoy, arguye de por sí un acrecentamiento del valor penitencial de este paso de la celebración, a los ojos del común de los fieles.

En lo que respecta a la Liturgia de la Palabra, ante todo vemos crecer la conciencia de su pertenencia al Sacramento-Sacrificio. No faltarán todavía, entre los adultos, quienes pueden seguir viéndola como una especie de antesala ritual, de la que pueden fácilmente dispensarse. Pero en general, cada vez más las dos Mesas, de la Palabra y del Pan, tienden a soldarse en una sola unidad vivencial. Aun sin la explicitez refleja, que fuera de desear, el pan y la copa eucaristizados recuperan de hecho la densidad de su "cuerpo" bíblico. Tampoco se nos ocultan los problemas de comprensión que están aquejando a la gente sencilla, así no lo manifieste, y aun quizás ni lo resienta a nivel conciente, habituada como está, de tiempos atrás, a la ininteligibilidad del latín. Causas de esta deficiente comprensión pueden ser, entre otras, la índole misma de ciertos textos bíblicos, ya sea por su densidad teológica, como es el caso de algunos pasajes paulinos, ya sea por un desconocimiento de los contextos, vgr. veterotestamentarios; así mismo, la elevación cultural del lenguaje litúrgico, en general, en oraciones, anáforas, etc. Esto, aun sin contar con graves defectos de comunicación, nada infrecuentes. Todo ello apenas nos permite un cauto optimismo. Pero, a pesar de todo, cabe esperar que hoy en la Misa nuestro pueblo está siendo mejor evangelizado.

Demos un paso más. Qué percepción acusa nuestro pueblo de la dimensión sacrificial de la Misa? Vinculada, en la catequesis más común, en forma directa y casi exclusiva a la Consagración, no cabe duda de que, en fuerza de las solas palabras, en la conciencia popular la Misa está referida al Sacrificio del Señor Jesús en la cruz. Con cuánta precisión acerca de su significado salvífico, hoy, para nosotros? Cuando menos, ciertamente se lo asume como un acto, excepcional y supremo, del amor de Cristo hacia nosotros. En cuanto a su dirección teologal al Padre, parecería percibirse como una obediencia de Cristo a Sus designios inescrutables. Sin que pueda excluirse un matiz de satisfacción punitiva por nuestros pecados. Con todo, nos queda más bien la impresión de que la conciencia popular promedio tampoco profundiza demasiado en ello. Aun sin contar con la vaguedad, por desagracia demasiado común, de la fé trinitaria entre nosotros. Por otra parte, debemos también, al menos, preguntarnos en qué medida esta equiparación total del Sacrificio con el solo momento de la Consagración,

(31) Para quien mantiene la unidad real de todo el rito, no es ésta una anticipación y explicitación litúrgica de una eficacia propia de la misma Eucaristía? Cf. Concilio de Trento, Sec. 13, cp., 2 DZ 875 y Sec 22, cp. 2, DZ 940.

paradójicamente puede estar de hecho asordinando su dimensión primaria de Memorial actualizador de la Cruz/ Resurrección, y de fundamento de nuestra propia oblación eclesial, según la bella expresión del Canon Romano, "memores offerimus", recordando ofrecemos. Ello, por cuanto en la experiencia común popular el momento de la Consagración es percibido y vivenciado, en forma tan prevalente, como el acto constitutivo de la Presencia Sacramental del Señor.[32]

Y así llegamos al otro polo, eclesial y nuestro, de la acción sacrificial en la Misa. Sin duda, en forma global y aproximativa, la Misa es valorada por el creyente común como un hacer algo muy valioso y agradable a Dios. Y por lo mismo, digno de El. siempre, y sólo de El. En otras palabras, el común de nuestro pueblo sencillo percibe, y sobre todo, vivencia la Misa como ese acto de homenaje y de reconocimiento a sólo Dios debido, que ya hemos constatado en la enseñanza del catecismo? Algunos rasgos de otras prácticas populares, de las que hablaremos luego, nos darán ocasión para reflexionar más despacio sobre ello. Parece también claro que al ofrecer la Misa el creyente promedio está convencido de entrar en una relación personal con Dios, al menos en una perspectiva de confianza suplicante y de agradecimiento. En nuestra religiosidad popular, se valora mucho la Misa como mediación de la acción de gracias y de la súplica. Con un sentido profundamente bíblico de la acción cultual, como veremos luego, la misma participación en la celebración es vivida como un momento privilegiado para dar gracias al Señor, y para presentarle las necesidades y aspiraciones de cada uno. En cambio, al menos en muchos casos, no es muy claro que se goce de una convicción explícita de las exigencias existenciales y práxicas que, de suyo, se encarnan en nuestro propio ofrecimiento sacrificial de la Eucaristía.

La Comunión, en cambio, sí parece tener un sentido muy claro y preciso en la creencia popular. En general, se la vivencia como un momento muy hondo y sagrado de intimidad personal con el Señor. Es un momento de sinceridad total, de apertura a Cristo, de obediencia en la fé. Casi diríamos que en ella se hace más patente la dimensión existencial de entrega y compromiso personales, que caracterizan el sentido neotestamentario del sacrificio. Y entonces no es de extrañar que se valore también la Comunión como instancia suprema de la acción de gracias por los beneficios recibidos, y como la mejor oportunidad para la súplica.

Sobre todo entre los hombres adultos, todavía son muchos los que, en su apreciación práctica, siguen desvinculando la asistencia a la Misa de la Comunión.

(32) Nos prejuzgamos aquí sobre la precisión dogmática, o la validez teolígica, de esa equiparación entre la Consagración y el Sacrificio. El problema es acerca de su expresión litúrgica. Y de su eficacia para comunicar los significados adecuados a la gente sencilla.

Aparte del influjo de una catequesis que se ha hecho ya creencia popular, no cabe duda de que también hay que atribuirlo al mismo aprecio y valoración tan altos de la Comunión. Esta queda reservada a momentos fuertes de la vida personal, el matrimonio, por ejemplo, o la primera comunión de los hijos, o el funeral de un ser muy querido. O también solemniza días especiales, según la devoción personal de cada uno, como la romería, y aun con cierta connotación "fatídica" el Año Nuevo, pero principalmente la Semana Santa. No es fácil precisar la motivación subyacente que puede estar reforzando esta actitud, aun más allá de los simples efectos de una catequesis defectuosa. Personalmente, vemos allí también una expresión espontánea de la creencia popular segun la cual el acceso a la Comunión postula una condición personal de limpieza moral tan total, o implica una entrega de sí mismo, y un compromiso con Dios tan incondicional, que honestamente se piensa sólo poder lograrla en circunstancias muy especiales, y aun entonces, sólo para el momento fugaz de ese encuentro sacramental con Cristo. Quizás por lo mismo, siguen vinculando la Comunión con una supuesta exigencia de "reconciliación" sacramental previa, así no se tenga conciencia clara de pecado grave. También puede permanecer allí latente una curiosa versión de la supremacía machista. Ya sea como una cierta aceptación, no exenta de orgullo, de las fallas morales más caracterizadas como de "los hombres" en nuestro medio popular. Ya sea también reputando como "cosa de niños y de mujeres" la comunión frecuente.

También es verdad que, en esta transición postconciliar, parece crecer en nuestro pueblo el sentido de la unidad entre Misa y Comunión. Para quienes hemos vivido en el ejercicio pastoral estas dos épocas, es evidente el aumento notable de las comuniones en la celebración dominical y festiva de la Misa. Sin embargo, y aun sin querer incurrir con ello en un extremo de suspicacia, podemos preguntarnos si el saldo resulta siempre totalmente positivo. Por cuanto allí se plantea también la otra pregunta, a saber, en qué medida se ha podido debilitar en no pocos esa experiencia tan fuerte de encuentro "tú a tú" con el Señor, esa convicción profunda de sus exigencias de cambio de vida. O, si al hacerse predominante la experiencia de encuentro fraterno, y de unidad comunitaria, hasta qué punto la Comunión sacramental es valorada y vivenciada, en forma prevalente, más como una expresión simbólica de dicha solidaridad. Ojalá nos equivoquemos ya sólo con plantear la pregunta. Y en ningún caso nos atrevemos, con los datos disponibles, a proponer esa sospecha en forma asertiva. Sin embargo, aun de darse, este hecho tampoco nos escandaliza. Lo interpretamos como una constatación de algo más profundo, a saber, la bipolaridad constitutiva de este supremo Sacramento de nuestro fé, y por lo mismo la dosis de tensión delicada que le es inherente, y las dificultades obvias de un pleno equilibrio.

1.1.2. - Legalismo predominante?

En opinión de algunos, es mucho de ponderar el peso muerto que habría echado sobre nuestra práctica eucarística popular el llamado "precepto dominical". Y ello,

por cuanto habría situado la participación en la Misa en una perspectiva dominante del cumplimiento externo de una ley. No negamos la posibilidad ni la ocurrencia real, más o menos frecuente, de ese peso exterior negativo. Tampoco sólo a afectos del precepto, mal entendido. También, y aun quizás con mayor fuerza, por la presión social ejercida por el marco familiar, educativo y aun ciudadano. Pero, en nuestra opinión, se lo ha exagerado demasiado. Al menos en lo que respecta a la creación de un sentimiento legalista, prevalente en la conciencia común popular. Nuestro pueblo parece ser menos legalista y servil de lo que a veces se piensa. Conserva un hondo y altivo sentimiento de su propia libertad y de su responsabilidad personal, incluso con exageración un tanto adolescente. Los datos disponibles sobre el cumplimiento efectivo de ese precepto dominical, no confirman en alguna manera nuestra opinión? En todo caso, para nosotros, el verdadero peso muerto está más bien en una crisis de sentido y de valoración del mismo Sacramento. Al margen de los cuales, cualquier estímulo de la autoridad eclesial competente hacia su mayor frecuentación, no puede menos de ser percibido como simple y llana presión legalista.

1.2. - El Culto del Santísimo Sacramento

En nuestra tradición litúrgica pre-conciliar este Culto constituyó, no sólo una prolongación de la Misa, sino también el medio más eficaz para una irrigación continuada de Eucaristía en toda la vida, personal y social. Incluso pudo parecer, a veces, que rivalizaba con éxito frente a la misma celebración de la Misa, y que incurría en el riesgo de desgajarse casi de ella, como una realidad sacramental fácticamente independiente. Al menos, en la conciencia devota e ingenua de los fieles. Pensamos que todo ésto no debe atribuírse sólo a los defectos de una catequesis, que dividía en forma tan tajante la Eucaristía-Sacramento de la Misa-Sacrificio. En el contexto litúrgico pre-conciliar, limitado de suyo por la ataduras del latín, quizás también el Culto del Sacramento ofreció una cauce más asequible y jugoso a la devoción personal. Por lo demás, satisfacía dos aspectos del Sacramento, muy valorados entonces, a saber: 1) la contemplación tranquila y recogida de la Santa Hostia, como "imagen" privilegiada del Señor presente. Es lo que nosotros llamaríamos funcionalidad "iconal" del Sacramento o, en analogía con la celebración de la Misa, una especie de "alzar" prolongado a gusto y satisfacción del orante, para la adoración, el coloquio y la súplica. 2) Y por lo mismo, también el disfrute sin trabas del encuentro íntimo con Cristo, en analogía con el momento cumbre de la Comunión.

Los años posteriores al Concilio indujeron una cierta crisis de casi todas estas prácticas eucarísticas. Quizás por el impacto de ciertas teologías muy sensibilizadas a las posiciones tradicionales de la Reforma Protestante; quizás en fuerza de la misma recuperación, legítima y deseable, de la plena centralidad de la celebración de la Misa con respecto a cualquier otro tipo de

acción eucarística; incluso quizás por la escaza renovación, y menor adaptación litúrgica de los actos de este Culto al Sacramento, a los usos y mentalidad del hombre de hoy. Pensamos que esta crisis, hoy apenas en parte superada, de hecho se ha planteado más directamente entre religiosos y pastores, que no entre el pueblo común. Así, la devoción eucarística de éste ha tenido que correr la suerte que le imponían las preferencias y omisiones de los responsables de la pastoral. En nuestra opinión, el pueblo sencillo sigue igualmente abierto a estas prácticas, por cuanto ellas siguen expresando, de suyo, sus más hondas creencias sobre la Eucaristía, como veremos enseguida.

1.2.1. - La Comunión fuera de la Misa

Y en primer lugar, a los enfermos y ancianos impedidos de participar en la celebración. En nuestra tradición religiosa, todavía vigente en los medios populares, se la apreció especialmente como ayuda suprema ante la inminencia de la muerte. Sin duda en correspondencia con la creencia popular, tan inculcada por la vieja catequesis, de que la Eucaristía es el medio más eficaz para "alcanzar la vida eterna". Pero también como una fuente consuelo y fortaleza para el enfermo, como una forma intensa de súplica, e incluso como una prenda de curación. Todavía, en los medios rurales, no se escatiman los esfuerzos, así fueren gravosos, para llevar ese socorro a los enfermos queridos. Y entonces, la casita campesina "se viste" también de altar, en la profusión de arcos y flores, para acoger honrosamente a "Nuestro Amo". Desgraciadamente, la vinculación tradicional de esta Comunión con el Sacramento de la Unción, vivenciado a su vez por el pueblo, casi exclusivamente, como unción "extrema", suele echar muchas veces una sombra de cuasi-declaración de muerte sobre la Comunión misma. No se la distingue adecuadamente del Viático a los moribundos. Y ello, no sin el riesgo de que los mismos familiares vacilen hoy en ofrecer esa Comunión al enfermo, y aun se la difiera para cuando éste cae casi en las últimas. Pero la responsabilidad primaria recae, sin duda, en los pastores. No debiéramos olvidar nunca que este auxilio a los enfermos e impedidos de participar en nuestra Misa es la razón primaria de la Santa Reserva Eucarística en el Sagrario. Y por lo mismo, con razón, hoy empieza a confiarse también al ministerio de laicos y religiosas, en algunas parroquias.

Aunque desaparecida hoy, casi del todo, también tuvo importancia notoria entre nosotros la Comunión fuera de la Misa para quienes no podían participar en ésta. Para muchos, expresaba la urgencia de actualizar el Pan de Vida en nosotros, precisamente entre las estrecheces y premuras de la vida cotidiana. No se nos ocultan los defectos, incluso graves, en que se pudo incurrir con cierta frecuencia. En la vivencia personal, pudo acentuar la cuasi-ruptura entre la Comunión/Sacramento y la Misa/Sacrificio, haciendo de aquella casi un sustituto de la celebración. Pero sobre todo por la ausencia frecuente de un espacio celebrativo adecuado, dada la forma tan expedita de su realización. Con riesgo de estrangular esa misma experiencia de Dios en el encuentro con Cristo, que se quería cultivar. Pero nos preguntamos también si

ello justifica la simple y llana abolición de una práctica tan antigua en la Iglesia, y tan abundante en frutos de crecimiento espiritual de los fieles. Incluso, no valdría más recuperarla en beneficio de los fieles urgidos por otros afanes cotidianos, y dentro de un contexto litúrgico apropiado, breve pero denso, en vez de ciertas Misas abreviadas hasta el límite casi de su connatural despliegue celebrativo?

1.2.2. - La Visita

Se la vivencia todavía como una forma, personal y cariñosa, de honrar al Señor. Pero sobre todo como una ocasión privilegiada de diálogo íntimo con El, fuente de consuelo, de luz y de fortaleza en las dificultades de la vida. O simplemente, como una expansión gozosa de la experiencia de amarlo, en la meditación o el silencio interior. Obviamente también se la valora como una instancia de súplica. Así se perpetúa entre nosotros, de padres a hijos, la tradición popular de pedir al Señor Sacramentado "las tres gracias" o beneficios, cuando se entra por primera vez en una iglesia, o en la Visita al Monumento el Jueves Santo. Es bien de lamentar que la necesidad actual de mantener cerrados los templos, por motivos de seguridad, esté cegando esta sencilla fuente de vida interior en nuestras gentes, sin que todavía nos hayamos ingeniado los medios para mantener asequible el Sacramento a la devoción de los fieles.

A este propósito, se suele anotar con desconcierto el hecho innegable de que nuestra gente sencilla, con frecuencia, prefiere orar antes sus "imágenes", casi como ignorando la presencia del Señor Sacramentado en el Sagrario. Más que apresurarnos a prejuzgar este hecho como un desgano de la religiosidad popular respecto del Sacramento, deberíamos cuestionar nuestra propia pastoral relativa a la Santa Reserva eucarística.

Mucho influye, sin duda, la devoción popular a los Santos. Con sus valores y sus interrogantes. Pero quizás urge más ponderar y tener en cuenta la conjunción primordial de la experiencia religiosa con un símbolo impactante, al menos en la psicología concreta del hombre un tanto elemental. Y entonces, en qué medida hemos descuidado el destacar y promover, en forma conveniente, la índole simbolizante del Sagrario? Perdido casi, tántas veces, entre una profusión de otras imágenes y símbolos, cómo puede ejercer holgadamente su función "iconal" de atraer, focalizar y retener la atención orante del pueblo sencillo?

1.2.3. - Bendición y adoración

Cada una, a su manera, añaden a la Visita el sentido ulterior de un homenaje comunitario y público al Señor Sacramentado. En cuanto a la Bendición con el Santísimo, parece vivenciarse como un "ser bendecidos personalmente por el Señor". Y además cabe interpretar su sentido a la luz de la comprensión popular de las "bendiciones" en general. Nos parece percibir allí: 1) una garantía de protección divina sobre las personas, los asuntos y las cosas; 2) un augurio de bienestar y de prosperidad, no sólo espiritual sino también material; 3) una

muestra especial del amor y de la misericordia de Cristo hacia cada uno de nosotros, y por lo mismo, una cuasi-sacramentalidad de Su perdón, Su certificación de mantenerse con nosotros en las penas y alegrías de la vida; 4) finalmente, de nuestra parte, una manifestación de acogida, de cariño, de reverencia y gratitud hacia El. Y, porqué no? una ocasión de súplica...

Por lo que respecta a la Adoración solemne, destacamos en nuestra tradición parroquial las Cuarenta Horas de Exposición del Sacramento. Además de su función evangelizadora, mediante una predicación más amplia y cualificada, en la conciencia popular guarda un sentido prevalentemente social, religioso o cívico. Por ejemplo, y con sentido de "rogativa", en ocasión de graves necesidades públicas. O también como una especie de introducción preparatoria a las grandes fiestas, especialmente las patronales. Sobre todo en medio rurales, aún sigue teniendo buena vigencia la Adoración Nocturna. Es una noche de vela en común ante el Sacramento, que culmina al amanecer con la celebración de la Misa. Este penoso esfuerzo mensual de personas, por otra parte urgidas por el trabajo diario, significa sin duda un derroche de generosidad, y sobre todo de cariño hacia el Señor, "Nuestro Amo". Ni se redujo siempre, en nuestros medios populares, a su sola dimensión mística. Con frecuencia aglutinó y sostuvo las Cofradías o Hermandades, de gran sentido social y de ayuda mutua, con una solicitud peculiar hacia los más pobres y los enfermos.

1.2.4. - La Procesión con el Santísimo

Los hechos mismos están mostrando que ni siquiera la desafección secular actual hacia esta clase de actos religiosos, ha logrado minar gravemente el afecto popular hacia las "procesiones". Dicho en términos populares, nuestras gentes sencillas gustan todavía de "caminar en junta", pública y gozosamente. Es una fuerte afirmación, más vivencial que refleja, de ser "pueblo", en plena publicidad religiosa a la vez que cívica. Y por lo mismo, parece unir entrañablemente el deseo de honrar al Señor con la alegría y el colorido de la fiesta popular. Así por ejemplo, la procesión del Corpus Christi, en medios campesinos. Allí los altares callejeros, "vestidos" de flores y de frutos, fusionan todo el mundo del agricultor con el Sacramento personal de Cristo. Con un poder de simbolización totalizante, que espíritus más secularizados no logran percibir ni valorar. Incluso, entre nosotros, pueden tender a corromperlo en espectáculo folklórico y turístico, y por supuesto, en buena oportunidad comercial.

2.- INTEGRACIÓN EN LA PIEDAD POPULAR

Entendemos por piedad popular el conjunto de prácticas religiosas, diversas entre sí, de caracter comunitario e individual, mediante las cuales nuestro pueblo expresa su fé en forma prevalente y más espontánea (cf. Puebla nn. 911-912). La estrecha y múltiple relación de esta piedad popular con la Eucaristía nos proporciona otra vía de acceso a las creencias populares sobre el Sacramento. Y tánto más indicativa cuanto que en ella el pueblo ejerce en forma más espontánea

su propia creatividad religiosa.

Advertimos de nuevo sobre el caracter aproximativo de nuestro trabajo. La piedad popular, en su conjunto, constituye un tema complejo que, por lo mismo, nos excede. Está allí presente toda la problemática teológica y pastoral referente al culto de los Santos y de los difuntos (Puebla n. 912). Y más en profundidad, el problema antropológico de una relación muy peculiar entre la experiencia religiosa y la concreticidad de lugares, imágenes y tiempos, en ciertos niveles un tanto elementales de la conciencia popular. Finalmente, está todo el campo de las expresiones típicas de esa piedad, en cuanto a formularios de oraciones y sencillas técnicas rituales (días prefijados, actitudes y gestos, número de veces y otras condiciones etc.). Todo ello muy en consonancia con ese profundo sentido del "rito", tan propio de nuestro pueblo, en momentos y actos que juzga de peculiar importancia, y que suele cargar de intensa afectividad. Tampoco se nos ocultan los riesgos de insuficiencia evangélica y eclesial, de contaminación meramente sincretista, incluso de magia y de superstición, ya señalados por Puebla (n. 914). Todo ello nos recuerda que "América Latina está insuficientemente evangelizada" (Puebla n. 911). Pero tampoco destruye los valores de nuestra piedad popular. Y en ellos queremos fijarnos aquí directamente.

2.1. - Prácticas eucarísticas más comunes en la piedad popular

En el ejercicio espontáneo de su piedad, nuestro pueblo suele recurrir a la Eucaristía en una u otra de estas tres formas, incluso varias o todas a la vez: 1) asistiendo y participando en la celebración de la Misa, con un acento peculiar de prestación personal, de compromiso libremente asumido. 2) Recibiendo en ella la Comunión sacramental, que asume e intensifica ese valor de prestación personal, libre y espontánea. 3) Solicitando que se celebre la Misa por sus "intenciones" personales, mediante la prestación de un "estipendio" o contribución económica. En el lenguaje popular, más tradicional, se trata de "mandar decir una Misa".

La novedad de esta práctica popular, con respecto a lo visto hasta ahora, nos invita a una reflexión más detenida sobre ella. En su sentido original, la "manda" no significa en primer término una especie de encargo remunerado al sacerdote celebrante. Expresa, más bien y en directo, la *promesa* del devoto a su santo, al Señor en la advocación preferida, o simplemente a Dios. Su ámbito propio es, pues, el de una prestación personal a éste, que a lo sumo podría entrar en la perspectiva de un "do ut des", es decir, "te doy para que me dés", pero sin ser por ello reductible a un contrato de mercadeo.Sólo en un segundo término, y en el sentido de una condición inevitable, se piensa en el sacerdote como beneficiario del estipendio.Pero no estamos muy seguros de que esta limpieza original de la manda se haya mantenido igualmente clara y precisa en nuestro medio. No estamos prejuzgando sobre la legitimidad del estipendio, ni ponemos en duda su sentido eclesial de incorporación en la ofrenda. Pero tampoco se nos ocultan los riesgos de corrupción de ese sentido, en una cultura de "mercado". No se habla,

cada vez más, de "*pagar* una Misa"? Y cómo evitar entonces un deslizamiento de la comprensión popular hacia lo contractual mercantil, si el sentido primordial de las palabras viene dado por su uso social? Tampoco tememos el solo mercantilismo religioso como lo peor en este caso. Más grave todavía es el riesgo de infiltración de un ánimo y exigencia contractuales en la gratuidad de la ofrenda o en la confianza de la súplica.

En la medida de su vigencia actual, podemos decir algo semejante de los diversos actos del Culto del Sacramento. Siempre encontramos el sentido de una prestación personal.Ya sea en forma de asistencia y participación, ya sea por una contribución económica a su realización.

2.2. - Integración en otras prácticas y devociones

En la imposibilidad de recorrerlas todas, una por una, reunimos aquí algunas de las más notorias y frecuentes.Las agrupamos en cuatro núcleos diferentes, a partir de la significación común que parecen asumir en la piedad popular. Veremos entonces cómo también la Eucaristía va tomando cada vez un sentido que se mantiene siempre afín, pero con matices diferentes.

1. Devociones personales

Se dirigen, bajo una forma particular de advocación, a Dios mismo (Gran Poder de Dios, Santísima Trinidad), o a Cristo N.S. (Señor Caído, Niño Jesús, Señor de los Milagros etc.); a María Santísima (Virgen del Carmen, María Auxiliadora, Perpetuo Socorro etc.); a los Santos (Martín de Porres, Judas Tadeo etc.) o a las Benditas Animas. Con frecuencia, en relación con un Santuario de romería (Monserrate, Las Lajas, 20 de Julio, Chiquinquirá etc.), con una fiesta patronal, o con una imagen de especial devoción. Personales, en cuanto responden a una iniciativa espontánea, esas devociones asumen formas de celebración multitudinaria en santuarios y fiestas. La Eucaristía constituye casi siempre el momento cumbre de la participación de cada uno en la romería, la fiesta o la promesa. En alguna de las formas arriba indicadas (misa, comunión, manda) y a la medida de las disposiciones personales del promesero, o de sus posibilidades económicas.

En este contexto, la Eucaristía conserva, claro está, los significados observados hasta ahora. Pero, en nuestra opinión, asume uno nuevo de gran importancia en nuestra piedad popular. En una perspectiva afín a la de la "manda", se trata de un sentido de *ofrenda* . Entendemos por tal, en antropología religiosa, el don o regalo que se hace a Dios mismo o al Santo, con intención de reforzar la súplica, o de valorizar el agradecimiento que se le expresa por favores ya recibidos. En nuestro caso, una determinada práctica eucarística es "ofrecida" como obsequio a quien es objeto de una devoción personal. Para refuerzo de la súplica, o en expresión de la gratitud. Y ello, en beneficio del

mismo oferente o de otra persona, viva o difunta. Así mismo, cuando se trata de la participación personal en una de esas prácticas eucarísticas, nos parece percibir también, y en forma muy acentuada, el sentido complementerio de ser agraciado con una *bendición* especial, según la comprensión popular antes descrita (cf. n.1.2.3. pg. 34). Esto, especialmente, con ocasión de las romerías o de las fiestas en los Santuarios.

2. **Fiestas de renovación personal**
Se trata, en general de las mismas fiestas litúrgicas oficiales (Navidad, Año Nuevo, Semana Santa), de fiestas patronales o correspondientes a las devociones populares características de una parroquia o región. Pero lo que queremos destacar en ellas es el matiz de llamamiento a la *conversión*, y de ocasión de renovación cristiana, con que a las veces puede percibirlas y asumirlas la piedad popular. Y entonces, la participación libre y responsable en la Misa con Comunión, asume el expresar y sellar, incluso públicamente, esa conversión y ese propósito de renovación cristiana.

3. **Misas en memoria de un difunto particular**
Misas de los tres o nueve días siguientes a las exequias, de los seis meses, de aniversario, que siguen convocando, incluso a través de años, en un acto de recordación común, no sólo a los familiares del difunto, sino también a los amigos y relacionados. Hemos anotado antes la obvia función social que asume entonces la Eucaristía de expresar la solidaridad familiar, de amistad o de convivencia social. Pero nos parecería equivocado concluír de allí que, al menos en la generalidad de los casos, la Misa quede reducida así a un mero acto social. Verdad es que su significado preciso, en la piedad popular, no es siempre fácil de determinar, por cuanto se suelen implicar en él las vaguedades y aun deformaciones de una escatología popular. Más aún, no siempre cabe excluír la corruptela de un cierto culto de los muertos. E incluso, en algunos casos, la preocupación por "apaciguar" la hostilidad temida del difunto, captar su "benevolencia", o proporcionarle un "reposo" que nos deja a los vivos en paz. Campo éste fecundo para un análisis psicológico, cuando el drama de la muerte, y el enigma del más allá remueven temores ancestrales en los espíritus más sencillos. Lo que sí podemos afirmar, es que, de una u otra forma, el sentido prevalente de la participación en la Eucaristía es entonces el de una *súplica* en beneficio del difunto, reforzada también por la prestación de la Eucaristía como ofrenda.

4.- **Celebraciones familiares o cívicas**
De muy diversa índole, desde la celebración familiar de eventos sobresalientes (Bodas de Plata, cumpleaños, etc.), hasta el festejo ciudadano en centros educacionales, empresariales, militares y

cívicos.Pensamos que todos ellos deben interpretarse en el sentido general, antropológico, de la *fiesta*, y en el sentido más particular que ésta asume en el ámbito cultural concreto de nuestro pueblo. Sea como fuere, lo que aquí nos interesa resaltar es la función que en ellas asume la Eucaristía, y por lo mismo el significado peculiar que entonces se le atribuye. En términos generales, pensamos que allí la celebración eucarística, y en manera especial la Misa, se integra como un medio para *solemnizar* el momento familiar o social que se festeja. Pero suele incluír también los otros significados ya reseñados, la acción de gracias y la súplica, el ser bendecidos por Cristo, la solidaridad familiar o ciudadana refrendada por la fé común. Más aún, con cierta frecuencia, y en particular en fiestas de familia, el propósito de renovación personal y familiar.[33]

3.- APROXIMACIÓN AL NUCLEO BÁSICO DE CREENCIAS EUCARÍSTICAS MÁS PROPIAS DE NUESTRA RELIGIOSIDAD POPULAR

A partir de los datos disponibles en la catequesis y liturgia oficiales, en las formas de participación popular en la celebración, y en la múltiple integración de ésta en las prácticas de la piedad popular, hemos venido adelantando un esfuerzo de aproximación a la forma peculiar como nuestro pueblo creyente comprende y practica la Eucaristía. Nuestra interpretación de esos datos debe dar ya su fruto final, y debemos asumir el riesgo de afirmar un conjunto de significados y valores, mínimo pero suficiente, que dé razón de nuestra religiosidad popular eucarística. Es lo que aquí llamamos "núcleo básico de creencias eucarísticas". Núcleo, por cuanto constituye un conjunto articulado y suficientemente coherente, aun dentro de los márgenes de fluctuación

(33) Aunque su importancia en nuestra piedad popular ha disminuído substancialmente, vale la pena recordar aquí la práctica de la Comunión los Primeros Viernes de mes al Sagrado Corazón de Jesús. Verdad es que pudo influír en ella el interés por "asegurar la salvación eterna", en conformidad con la literatura piadosa de la época, pero estamos seguros de que para muchos llegó a ser una expresión privilegiada de amor al Señor, y una pedagogía espiritual de conversión continuada. El Apostolado de la Oración y la Cruzada Eucarística, entre los niños, contribuyeron no poco a mantener y promover el amor de nuestro pueblo a la Eucaristía.

propios del sentido común. Básico, en la medida en que se encuentra en la raíz de las más diversas manifestaciones de la fé popular eucarística. Creencias más propias, en fin, de nuestra religiosidad popular, puesto que perfilan la manera peculiar como nuestro pueblo creyente se ha apropiado el significado común eclesial de la Eucaristía, al interior de la catolicidad. Se trata pues ya de dar un juicio. Con la pretensión, por lo tanto, de un acercamiento objetivo a la realidad eucarística de nuestro pueblo. Sin embargo, un juicio solamente aproximativo, y en cierta manera conjetural, por cuanto los datos disponibles, en lo que respecta a la apropiación popular de los contenidos catequéticos y litúrgicos oficiales, no autorizan una afirmación que exceda la sólida probabilidad.

3.1.- El horizonte fundante: la presencia de Cristo

Se cuenta que alguna vez un periodista le preguntó a Fernando González Ochoa (1895 - 1964) sobre su extraña costumbre de salirse, durante la Misa, al atrio de la iglesia en el momento de la elevación. El genial y discutido filósofo antioqueño le respondió:" Es que yo no soy capaz de resistir directamente la presencia de Dios".[34] Si en materia de sentir popular vale más una buena anécdota que muchos discursos, la presente compendia admirablemente el horizonte fundante que da razón de todas las creencias eucarísticas de nuestro pueblo, y al interior del cual cobran pleno sentido sus actitudes y prácticas en torno al Sacramento. Si la Misa, sobre todo en el momento supremo de la elevación, es vivenciada por el pueblo como una cristofanía, una manifestación de Cristo en persona, todo el Culto del Sacramento puede situarse bajo el lema de esas palabras de Marta a su hermana María, en el Evangelio de Juan, que con frecuencia hemos visto impresas sobre la puerta de nuestras capillas donde se reserva el Santísimo: "El Maestro está aquí y te llama".

Presencia, pues, focalizada casi exclusivamente en el Pan y la Copa. Pero especialmente en aquel, por cuanto directamente perceptible a los ojos de los fieles, y usualmente el único compartido

(34) Encontramos la anécdota en su reportaje de Ciro A. Osorio Quintero al Padre Antonio Restrepo, S.J., sobre su larga amistad con el filósofo, publicado en el Magazín Dominical de El Espectador (Bogotá, Junio 19 de 1977), y reproducido luego en Mis Cartas de Fernando Gonzalez, del mismo Padre Antonio Restrepo Pérez, S.J., bajo el epígrafe de Notas de Ciro A. Osorio Quintero. Bogotá, Talleres del Consorcio Editorial Colombiano (s.a.) página 14. En la misma entrevista el Padre Restrepo opina así sobre la anécdota: "No sabría decir si la historia que recoge tu paisano Rubayata sea cierta o no. Pero la respuesta sí es muy del estilo de Fernando González." (página 14). El testimonio de un hombre como González Ochoa es tanto más representativo de esa profunda veta mística de nuestra piedad popular eucarística, por cuanto su paradójica personalidad lo situó hasta veces en el foco de la controversia. 'El célebre filósofo de Envigado, como es bien sabido, fue siempre tenido por anticlerical, irreligioso y hasta ateo", anota allí mismo Osorio Quintero (página 7), a lo cual responde el Padre Restrepo, más adelante:" Sin embargo, yo puedo

en la Comunión sacramental. Presencia misteriosa y sin embargo familiar. Indiscutida, con esa profundidad vivencial de los hechos cotidianos, así el significado de precisiones dogmáticas, tales como la "transubstanciación", permanezcan generalmente al márgen de las preocupaciones populares. En este sentido cabe hablar, entre nosotros, de un dogma más cultual que teórico, más vivido y experienciado en la adoración, que reflexionado y comprendido intelectualmente.

Pensamos que este horizonte de presencia del Señor imprime una dirección muy precisa al conjunto de todas las creencias eucarísticas más particulares de nuestro pueblo.

3.2.- Encuentro salvífico con el Señor

Aunque los contenidos de esta experiencia de encuentro con el Señor pueden ser muy variados, en correlación con la diversidad de personas y de circunstancias, con todo podemos también señalar algunas notas dominantes. Se trata, en primer lugar, de una experiencia salvífica, o liberadora si se prefiere. La forma concreta como ello acontece puede no percibirse claramente, o variar según la índole peculiar de las personas y situaciones. Pero siempre hay allí la nota común de un saberse acogido por el Señor mismo, de ser de alguna manera perdonado, sanado en su corazón y en su vida, llamado a una calidad mejor de ser y de obrar. Por lo mismo también, en segundo lugar, es una experiencia de confortamiento. Al ser bendecido por El, agraciado con Su poder, sostenido en los afanes y tareas de la vida, protegido en las dificultades y ayudado en los propios proyectos.

De ahí que la actitud fundamental ante el Señor Sacramentado sea de una confianza total, que se concreta ordinariamente en la súplica y el agradecimiento. Con las variables que imprime a cada caso, no sólo el grado de evangelización y de conversión personal logrados, sino también la intensidad del momento eucarístico que se vivencia en la situación espiritual de cada uno, hay también allí un movimiento de respuesta al Señor, de entrega personal al que se entrega por nosotros. Y por lo mismo, la percepción de una exigencia de vida cristiana más fiel y más auténtica. Así ésta pueda resultar menos eficaz en la vida concreta subsiguiente. Ya sea por incoherencia y debilidad, ya también por cierta tendencia a vivenciar la celebración como una especie de paréntesis de elevación espiritual en el horizonte más rasero de la vida y de las preocupaciones cotidianas. La constatación de este coeficiente de discontinuidad, sino ya de ruptura, entre la vida y la celebración, dirige nuestra atención hacia una segunda serie de significados, que podemos agrupar bajo

afirmar, que él vino a mi amistad como un hombre normal, como un cristiano completo, sin extravagancias ni exotismo religiosos y folosóficos." Y concluye: "Cuando él creyó prudente hablar de sus creencias, de su devoción o su piedad, lo escribió en sus cartas, y allí está patente su testimonio". (página 13).

la categoría de culto.

3.3. - El acto central del culto cristiano

En la experiencia común de nuestro pueblo, la Misa es sin duda la mediación ritual por excelencia de la relación religiosa con Dios. Expresa el reconocimiento de Dios como Dios en la vida y el destino de todos. Y por lo mismo constituye la prestación personal o comunitaria que, como católicos, debemos cumplir con El, en coherencia con nuestra fé.

Se comprende entonces porqué la Misa, en la piedad popular, de alguna manera debe jalonar el ritmo ordinario de la vida, personal, familiar y social. En particular esos momentos que, en el sentir común, se vivencian como hitos decisivos en el decurso de la vida personal y ciudadana. Sin que el término mismo ocurra en el lenguaje popular, la Misa es vivenciada como el *homenaje* característico del cristiano a su Dios. Y dentro de este horizonte fundante se incluye también a los Santos, por cuanto para la experiencia popular de fé de alguna manera pertenecen también ya a la esfera de lo divino. Sin que ello de por sí signifique un salirse de las perspectivas bíblicas, como veremos luego, no cabe duda de que aquí la Eucaristía se aproxima al máximo a las categorías antropológicas de una religiosidad genérica.

En primer lugar, como ya lo anotamos, en cuanto expresiva de la obediencia y sumisión creaturales a Dios, en el acto de *adoración* . De hecho, ésta corre en el mismo sentido que la entrega total de sí mismo, contenida ya en la respuesta al encuentro con Cristo. También en la misma línea cultual, la Misa es valorada en la conciencia popular como la forma específicamente cristiana, y por cierto la más excelente, de *oración*. En ella se cumple a cabalidad la vieja definición del catecismo: "orar es levantar el corazón a Dios, y pedirle mercedes". De allí la importancia que asumen en la Misa y Comunión la súplica y la acción de gracias.Incluso con el riesgo de opacar a veces la dimensión de compromiso, y la exigencia de vida y de comportamiento cristianos, que implica el encuentro salvífico con el Señor. Un tercer paso en esta secuencia cultual nos lleva a la práctica quizás más característica de nuestra piedad popular, la asimilación de la Eucaristía con una *ofrenda*, en el sentido antropológico-religioso del término. Es decir, como una donación que acompaña y refuerza la súplica, o expresa el reconocimiento y, en alguna manera, retorna los beneficios recibidos. Fundamentalmente se hace a Dios. Pero no solo directamente a El. Nuestro pueblo sencillo no se hace complicaciones teológicas para ofrecer y mandar misas a la Santísima Virgen, en sus múltiples advocaciones, a los Santos de su predilección, a las Benditas Animas. Con ello no se prejuzga de suyo la exclusividad del culto debido a Dios como Dios. En realidad, el recelo de idolatría con que los evangélicos rechazan estas prácticas del catolicismo popular desconoce la complejidad de la conciencia católica en este punto. Pero tampoco se nos oculta que nuestra piedad popular entra allí en un terreno resbaladizo, en donde puede

resultar comprometida la autenticidad de la fé.

Cómo se compagina en la piedad popular esa Eucaristía de encuentro con el Señor, tan íntima y personalista, con ésta otra Eucaristía de ofrenda, exterior de suyo al donante, en la medida en que puede remitirse totalmente a otro su realización? Pensamos que aquí se ha efectuado un proceso de expansión de las creencias eucarísticas, que debe tenerse en cuenta si aspiramos a comprender nuestra religiosidad popular desde ella misma.

Se trata, en efecto, de la conjunción espontánea de dos elementos, distintos entre sí pero fundamentales ambos en la piedad popular. De una parte, está esa máxima valoración de la Eucaristía como mediación del amor de Dios en Cristo hacia nosotros, y al mismo tiempo como oportunidad única para nuestro ruego y nuestra acción de gracias. De otra parte, está la importancia decisiva que cobran las mediaciones en la experiencia popular de fé. Ya sea como catalizador sensorial y afectivo de la relación interpersonal con Dios y con el Señor Jesucristo, a un nivel que podríamos calificar de funcional simbólico. Tales son los títulos y advocaciones, divinos y cristológicos. En este caso, la Eucaristía-ofrenda puede llegar a coincidir plenamente con la Eucaristía-encuentro, cuando aquella implica la participación del mismo oferente. Pero se dan también las mediaciones personales de la Santa Virgen y de los Santos al interior de la relación con Dios y con Cristo. Y en este caso, qué otra prestación personal mejor cabe ofrecerles, en ocasión de la súplica y del agradecimiento, que esa misma Eucaristía tan altamente apreciada por el oferente? Sin prejuzgar por ello sobre la validez de esta práctica popular de la Eucaristía-ofrenda, debemos anotar en ella un germen de separación con respecto a la Eucaristía-encuentro, que alcanza su punto extremo cuando aquella no implica otra participación del oferente distinta del solo estipendio.

No es éste el momento de una evaluación a fondo de este aspecto cultual de la piedad popular eucarística. Su fundamentación, tánto como la crítica eventual de sus riesgos de desviación del Evangelio, sólo serán posibles más adelante. Sin embargo, conviene destacar desde ahora esa tensión, que puede resultar siendo constitutiva del mismo Sacramento, entre su esencia última, relacional, existencial y comprometida con Dios mismo, en Cristo, y ésta su encarnación cultual, que la introduce en el ámbito más genérico de las mediaciones religiosas del hombre con lo divino. Se evidencia también que el equilibrio en esa tensión, y sobre todo su ajuste al polo decisivo de la relación existencial con Dios en Cristo, tampoco es fácil de mantener sin un proceso sostenido de evangelización popular. Es de suyo evidente el riesgo de recaer del Sacramento, como obediencia de fé, en la simple ofrenda religiosa, incluso como recurso oportunista en beneficio propio. Tánto más cuando otros factores, culturales o coyunturales, pueden estar pesando en la balanza para favorecer ese desequilibrio.

3.4.- Referencia a la Cruz y pertenencia a la Iglesia

Hasta aquí hemos expuesto los significados más obvios que reconocemos en nuestra piedad popular eucarística. Sin embargo, cuando los comparamos con los contenidos normativos de la catequesis y liturgia oficiales, especialmente en su vertiente post-conciliar, se nos imponen dos preguntas: en qué medida está presente la Cruz en la experiencia común eucarística de nuestro pueblo? Cómo se arraiga y se acrecienta en ella el espíritu y la actitud de pertenencia a la Comunidad Eclesial? De entrada, lo menos que podemos decir de ambas, siempre sobre la base limitada de nuestra observación personal, es que no presentan el mismo relieve y vigor de los significados anteriores. Tampoco asumimos que se trate de una simple y llana ausencia total.

Por lo que respecta a la relación con la Cruz, pensamos que se encuentra en la creencia popular eucarística, pero más comunmente en forma implícita y no tematizada. La experiencia de presencia, que funda el horizonte eucarístico de nuestro pueblo, asume en primer plano a Cristo Jesús como el Señor que vive e intercede por nosotros ante el Padre. Es el Cristo, paulino y joaneo, que murió, sí, por nosotros, pero sobre todo vive para comunicarnos Su propia vida. Es, ciertamente, el Crucificado, pero en la gloria y el poder de Su exaltación. Por consiguiente, tampoco en la experiencia de encuentro salvífico con El, la memoria celebrante, como actualización de la Cruz en nuestro presente histórico, parece ocupar un primer plano. Parecería en cambio que la piedad popular ha concentrado su referencia más directa a la Cruz, como acontecimiento salvífico, en las imágenes del Señor paciente y crucificado, pero sobre todo en la vivencia sobrecogedora, tan cargada de afecto, del Viernes Santo.

Verdad es, por otra parte, que la liturgia postconciliar, al poner de relieve las palabras del Memorial, en forma inteligible para todos, bien puede estar creando una conciencia popular explícita de la referencia directa de la Misa a la Cruz. Pero, hasta qué punto excede los alcances de un recuerdo, en la vivencia del pueblo común? Sea lo que fuere, tampoco dudamos de una presencia real de la Cruz en la experiencia eucarística de nuestro pueblo. Obligado a reflexionar sobre ello, no dudará en afirmarla y en reconocerla, a su manera, como fundante del mismo Sacramento. En efecto, para nuestro pueblo, la Eucaristía es ante todo el Sacramento de Cristo entregado a nosotros por amor. Y dónde, y sobre todo, si no en la Cruz? Así mismo, dónde si no en la Eucaristía alimenta nuestro pueblo su creencia de cargar cada día la cruz de Cristo en su propia vida? Debe quedar sin embargo abierta la pregunta sobre si ésto sólo satisface a la comprensión paulina de la Eucaristía como "proclamación" y "memorial" de la muerte del Señor hasta que vuelva. No sin consecuencias prácticas para una vida y una acción, personales y comunitarias, que debe siruarse así directamente bajo el signo de la Cruz, como amor que se auto-sacrifica.

Parecida indeterminación encontramos por lo que respecta a la dimensión eclesial del Sacramento, que debe arraigar y promover el sentido de pertenencia a la comunidad eclesial. Y ello, no obstante la insistencia

cada vez mayor al respecto en la catequesis postconciliar. Acaso no señala Puebla la "falta de sentido de pertenencia a la Iglesia" entre los aspectos negativos de la piedad popular latinoamericana (n.914)? Y no lamenta así mismo que "la participación en la liturgia no incide adecuadamente en el compromiso social de los cristianos"(n. 902), por cuanto éste debiera fluír de la misma índole comunitaria y eclesial de aquella?

Con todo, en nuestra opinión, estas deficiencias innegables tampoco arguyen ese individualismo casi total, que algunos reprochan hoy a nuestra religiosidad popular eucarística. Una aproximación a ésta, más abierta y desprejuiciada, debiera tener muy en cuenta dos hechos: 1) de una parte, la existencia de auténticas creencias y actitudes eclesiales en nuestro pueblo. Pues, si bien es verdad que "la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo" (Puebla n. 457), no lo es menos que en ella también se dan, en lo a la Iglesia se refiere, "hondas creencias selladas por Dios, (..) las actitudes básicas que de esas convicciones se derivan, y las expresiones que las manifiestan" (Puebla n. 444). Pero las encontraremos vivenciadas y practicadas sólo a la manera popular, ajena muchas veces a nuestros paradigmas teológicos. 2) De otra parte, no es menos evidente que el proceso de desarticulación social, que atravesamos por múltiples causas, está incidiendo también en el sentido de pertenencia eclesial y comunitaria. E incluso está cuestionando la autenticidad plena de la manera como nuestro pueblo se cree y afirma como Iglesia. Pensamos que estos dos hechos de alguna manera se reflejan también en la vivencia y en la práctica popular de la Eucaristía. En otras palabras, aunque la gente sencilla no lo sepa expresar en forma temática, y aunque muestre, no pocas veces, una incoherencia práctica con los valores comunitarios de la Eucaristía, preferimos ponderar lo mucho que ésta ha contribuído a conservar y promover los gérmenes de solidaridad cristiana que todavía nos quedan.

En efecto, si atendiendo a Puebla nos fijamos ante todo en las expresiones que manifiestan esas creencias eclesiales, quién puede dudar que la celebración de la Misa, en nuestra dispersa demografía rural, y no menos en la disgregación urbana, sigue siendo una experiencia privilegiada, incluso semanal para no pocos, del "estar juntos" en la fé, del "ser pueblo" ante Dios y los hombres? Será meramente casual, o tan solo gregario, el ambiente comunitario e incluso familiar que suele crearse en las fiestas y romerías populares? Todas ellas bajo el signo de la Eucaristía.

Pues si pasamos a las actitudes, que se derivan de las creencias, no hay todavía entre nosotros un sentido profundo de fraternidad, que sigue luchando por no dejarse ahogar entre tántos conflictos? Y dónde se ha alimentado si no es en la Eucaristía? Cuando la madre del candidato presidencial Jaramillo Ossa perdona en la T.V. estatal al joven asesino de su hijo, no está viviendo en publicidad nacional ese abrazo de paz que nos damos antes de recibir al Señor Sacramentado? Y éste es sólo un símbolo excepcional de los millares de gestos y actos de paz, de convivencia, que todavía se multiplican entre nosotros. El apelativo de "hermano" ha llegado a ser

una forma espontánea de trato coloquial entre nuestra gente sencilla. Dónde lo aprendió si no en la Eucaristía? Ni se trata solo de una apelación sin contenidos prácticos y concretos. Prontitud en acoger al otro, venga de donde viniere, que se traduce en abierta hospitalidad, y por cierto en referencia peculiar al compartir la mesa; solicitud de servicio al que se encuentra en necesidad; solidaridad social en situaciones de desastre. Son apenas algunas instancias de un amor social que se ha hecho ya cultura entre nosotros. No pretendemos que todo ello provenga, directa o únicamente, de las creencias y de la piedad popular eucarísticas. Como si el proceso de evangelización, o la vida cristiana, coincidieran en su totalidad con el Sacramento. Pensamos, sí, que todo ello está presente, se promueve y se consolida en la celebración de la Misa, que ha sido siempre entre nosotros el eje central de la evangelización, e incluso ha llegado a constituír un foco importante de convocación social, como ya lo anotamos.

Si a nivel de creencias populares entendemos, entonces, por Comunidad Eclesial esa solidaridad comunitaria en la vida diaria, que se alimenta y se mueve en el ámbito de la fé en Cristo, no cabe duda tampoco de su vigencia en nuestro pueblo, y de su íntima relación con las creencias y la piedad popular eucarísticas. Pero ésto es sólo el aspecto positivo. Queda un trecho inmenso por recorrer desde nuestra realidad popular comunitaria hacia el ideal evangélico de un comunidad eclesial. Y ese desface se manifiesta también en las creencias y actitudes eucarísticas de nuestras gentes. Pero hay todavía algo más. Coincide acaso esta experiencia comunitaria espontánea con la imagen de "Iglesia" en la conciencia popular? Por chocante y aun inadecuada que pueda resultar la analogía, no cabe evocar aquí una discontinuidad algo semejante a la que experimentan nuestras gentes entre la realidad del estado y la de la nación? No se identifica, espontáneamente, a la "Iglesia" con los jerarcas, los presbíteros e incluso los religiosos, en cierta forma como contrapuestos al pueblo creyente? Y esa discontinuidad se refleja, y se refuerza, en una celebración de la Eucaristía que, en general todavía, está casi total e innecesariamente focalizada en el presbítero. Cabe esperar un compromiso cristiano, militante y orgánicamente estructurado, de la totalidad moral de un grupo creyente cuando en la celebración misma, que constituye según el Concilio la cumbre y fuente de su vida comunitaria, ésta su realidad eclesial se actualiza en forma tan precaria, por no decir casi anónima?

En otras palabras, si la Eucaristía es vivenciada tan fuertemente por nuestras gentes como ese encuentro existencial con Cristo, y como esa mediación cultual privilegiada de nuestra relación religiosa, no podemos decir lo mismo de su fuerza constitutiva de una comunidad eclesial que, precisamente en ella, debe afirmarse y auto-construirse como Cuerpo de Cristo. Para nuestro cristiano promedio, la Eucaristía es simple y llanamente el Señor Sacramentado. Para no pocos, resultaría quizás extraño afirmar que no es menos el Sacramento de la Iglesia.

3.5.- Sentido teólogico y alcance

de esta aproximación

La religiosidad popular puede estudiarse desde diversas perspectivas. El punto de vista antropológico-cultural verá entonces en ella ante todo uno de los elementos constitutivos de la cultura propia de un pueblo, que deberá analizarse en correlación con los demás (políticos, económicos, familiares, artísticos, etc.), dentro de un proceso y en unas circunstancias históricas muy concretas. Desde ese conjunto se podrán evaluar luego los significados propiamente religiosos, de acuerdo con los criterios que asuma el propio investigador.

Nuesta perspectiva, en cambio, ha sido explícitamente teológica. Y por cierto en la línea señalada por el Magisterio Episcopal Latinoamericano en Puebla. Para nosotros resultaba entonces prioritario determinar, no ya cualquier tipo de significados religiosos presumiblemente presentes en la vida cultural de nuestro pueblo, sino precisamente "el conjunto de hondas creencias selladas por Dios" (Puebla n. 444). En este horizonte teológico, ello significó, de entrada, la expectativa de hallar una positividad evangélica en tales creencias. Si no, cómo pudieran estar así "selladas por Dios"? Y en segundo lugar, el empeño correspondiente por destacarla a un primer plano. Sin ignorar pues el impacto presumible de otros factores culturales, no evangélicos, en nuestra religiosidad popular eucarística, por selección metódica restringimos nuestra atención a los datos que ofrecían una garantía mejor de llevar ese "sello de Dios". Situamos esa garantía, como hipótesis de trabajo, en una convergencia de nuestra Tradición Eclesial de fé, como Palabra exterior, a partir de la realidad fundante de Jesucristo, con la acción del Espíritu, que presumimos actuante como Palabra interior en el corazón de nuestro pueblo creyente.

Desde estos presupuestos, no resultará extraño el tono positivo de nuestras conclusiones sobre la religiosidad eucarística de nuestro pueblo. De buena gana admitimos que ese núcleo básico de creencias eucarísticas, tal y como lo hemos presentado, constituye más bien una extrapolación un tanto ideal de las tendencias concretas que hemos podido detectar en la realidad de nuestra piedad popular. Por lo mismo, quedaría aún por determinar en qué medida cada persona o cada grupo se aproxima o se aleja de hecho de esos parámetros. Más todavía. Hemos hablado sólo de una "expectativa de positividad evangélica". La constatación crítica de su autenticidad real, y el esclarecimiento de sus eventuales deficiencias, debe quedar aquí pendiente de la posterior elaboración teológica de la fé normativa.

IV. FACTORES CONTEXTUALES QUE CONDICIONAN LA RELIGIOSIDAD POPULAR

1.- CREENCIAS Y CONTEXTO

Las creencias eucarísticas, que hemos diseñado, no subsisten por sí solas en un vacío religioso, cultural y coyuntural

histórico. Como la experiencia de que se nutren, y tánto más cuanto más ésta toca en profundidad al hombre y se inserta en su vida cotidiana, esas creencias se articulan espontáneamente en la múltiple red de un contexto más amplio, no solo religioso sino también socio-cultural, ulteriormente determinado aún más por las peculiaridades de la conyuntura. Ese contexto las sostiene y modela, pero también puede bloquearlas o desviarlas, según que permita y promueva su desarrollo y su expansión coherentes, o las someta al servicio de intereses e ideologías que les son ajenos y aun contrarios. En efecto, la globalidad de la cultura constituye el horizonte último de sentido, a partir del cual se modelan los grandes símbolos comunes, y en primer término el lenguaje como vehículo y condición de posibilidad de todos los demás; en referencia a ese horizonte se estimula o se bloquea cierto tipo de actitudes y de acciones, se imponen los valores o los disvalores, se construyen las estructuras sociales, económicas y políticas o familiares. A su interior, en fin, se promueve el consenso social para el progreso, o se desgarra el organismo ciudadano en los conflictos de la decadencia. De ese horizonte se alimentan pues las creencias. Pero puede también constituírse en un muro impenetrable que las aisla y asfixia en la irrelevancia, o las reduce a la pobre función de puerta de escape ilusorio frente a la violencia y el sinsentido de la circunstancia. Puede acabar acorralándolas dentro de un aura dolorosa de inutilidad social, o evidenciándolas como incompatibles e inasimilables para los individuos, y aun para grupos enteros, si es que quieren mantenerse dentro del habitat cultural y social donde se mueve la vida cotidiana.

1.1.- Complejidad factual del contexto

Imposible recoger aquí los hilos de esa trama espesa, al interior de la cual alcanzan su plena vigencia en la vida o languidecen las creencias eucarísticas de nuestro pueblo. Cada uno de esos hilos nos llevaría demasiado lejos. Y todavía su entrecruce, que a su vez los remodela o distorciona, los articula o los opone, prolongaría aún más la exigencia de búsqueda y de análisis, en un proceso casi indefinido. Bástenos entonces insinuar algunas instancias más relevantes de esta cadena sin fin de preguntas articuladas entre sí.

Ya sólo dentro del ámbito de las demás creencias cristianas, qué comprensión de Dios y de Cristo, de Su proyecto con nosotros; qué visión del hombre y de su mundo; qué sentido de su historia y qué integración en ella de la acción divina con la nuestra, están presentes y actuantes en las creencias sobre la Eucaristía? Quizás apenas en forma un tanto elemental, en la conciencia promedio del hombre de la calle. Posiblemente, ni siquiera reflectidas y tematizadas. Pero no por ello menos influyentes y acaso decisivas para la comprensión y vivencia concretas del Sacramento[35].

(35) No es menos cierto que este influjo corre también en sentido contrario, desde las carencias eucarísticas hacia las demás. Por lo mismo, al determinar el contenido de éstas habrá que tener muy en cuenta a aquellas.

Y en cuanto a las otras dimensiones del articulado cultural y social, qué elementos ideológicos, qué preocupaciones económicas, qué opciones políticas, qué talante sacral o secularizante frente a lo religioso, qué valores en fin y qué disvalores se acumulan y entretejen en la maraña del contexto coyuntural concreto? Porque también las creencias eucarísticas, si han de tener en él vigencia y relevancia, deberán ser respuesta a sus potencialidades y desafíos. No podrán retrasarse de su progreso, ni salir inmunes de su decadencia.

Finalmente, en la avalancha actual de influjos religiosos foráneos, o en la remanencia de más primitivas cosmovisiones pre-cristianas, qué elementos espúreos pueden estar contaminando esas creencias eucarísticas, pervirtiendo su sentido evangélico y eclesial, y aun impulsando llanamente a su menosprecio y a su abandono definitivo?

Bastaría con repasar las páginas correspondientes de Puebla para otear la vastedad y profundidad de las posibilidades que se ofrecen, la gravedad de los riesgos que se plantean hoy a la integración plena de la Eucaristía en nuestra cultura y en nuestra coyuntura ciudadana. Allí podemos medir la urgencia y complejidad de nuestro compromiso de renovación teológica y pastoral. Ya sea para promover la relevancia social y cultural de la piedad popular eucarística, ya sea siquiera para mantener viva esa chispa de luz de Cristo, que todavía brilla en la vida común de nuestro pueblo.

1.2.- Selección de algunos items más relevantes

Ante tamaña complejidad, qué sentido puede tener entonces este breve intento por referir la religiosidad popular eucarística a su contexto religioso, cultural y coyuntural histórico entre nosotros? Más que un desarrollo suficiente, que nos excede, o que la simple enumeración de tópicos generales, que juzgamos irrelevante, nos proponemos señalar las áreas más problemáticas y advertir en las amenazas que, no sólo gravitan sobre esas creencias eucarísticas, sino que incluso pueden estar ya socavándolas o desvirtuándolas sin que todavía aflore a la superficie de nuestra piedad popular el proceso subterráneo de su desintegración paulatina. Si hemos llegado a apreciar esas creencias y esa piedad populares, sacaremos de esta situación un acrecentamiento de interés por profundizarlas y renovarlas.

Destacamos entonces en ese contexto cuatro factores que, sin ser los únicos, juzgamos de una importancia excepcional. Son ellos: 1) la situación social de injusticia y conflicto, frente a una aspiración común de paz en la justicia; 2) el proceso de secularización creciente, vinculado de hecho entre nosotros al paso de un horizonte cultural agrario a otro de tipo más urbano; 3) la complejidad y el pluralismo del sentido común promedio de los colombianos de hoy, en un horizonte post-científico y post-ideológico; 4) finalmente y sobre todo, el reto de una evangelización renovada ante las nuevas posibilidades y los nuevos riesgos del mundo de hoy. En cada uno de estos factores, y en las preguntas que nos plantean, encontraremos también una

orientación concreta y un interés dominante para nuestra reflexión teológica posterior.

2.- INJUSTICIA Y CONFLICTO SOCIAL

Con Medellín y Puebla asumimos, no sólo el hecho evidente por sí mismo, sino sobre todo su valoración "como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano" (Puebla n. 28), que " exige, pues, conversión personal y cambios profundos en las estructuras" (Puebla n.30). Tampoco hay lugar para detallar aquí sus componentes ideológicos y estructurales, suficientemente reseñados en Medellín y Puebla. Es un cáncer masivo que está corroyendo la cotidianidad de nuestro cuerpo social, y está viciando la misma raíz cristiana de nuestra cultura.

En efecto, el "absurdo social" ha logrado aferrar su contra-cultura al cuerpo mismo de nuestra cultura. Como esas parásitas tropicales, gigantes y devoradoras, tánto más ostentosas y pujantes cuanto más se nutren de la destrucción del tronco vivo que quedó atrapado en ellas. A fuerza de poder, de éxitos inmediatistas, de racionalizaciones y propaganda que difunden e imponen como buena moneda significados inauténticos y falsos valores; se ha ido creando entre nosotros una simbólica social donde las actitudes y las acciones más deshumanizantes adquieren carta de ciudadanía; donde las estructuras distorcionadas, lejos de dar cauce al progreso de la libertad, la convivencia y la vida de todos, están generando siempre un reverso monstruoso de esclavitudes, de conflictos y de muerte. Ni es de extrañar que si el conflicto social y el uso y abuso de la fuerza fueron casi siempre un coeficiente amargo de nuestra historia, hoy la violencia activa e indiscriminada, de todos los signos, a todos los niveles, en todas las esferas de la vida ciudadana, se haya ido expandiendo hasta constituír una cultura de violencia.

2.1.- Influjo en nuestra religiosidad popular eucarística

No incurrimos en el simplismo de atribuír un hecho social tan complejo a sólo los defectos de nuestra evangelización. Y por consiguiente tampoco a esa Eucaristía que ya hemos reconocido como un eje factual de la misma entre nosotros. Pero menos aún pretendemos escamotear la pregunta sobre ese coeficiente de ineficacia social que se viene evidenciando en ella, en orden a la corrección de tales aberraciones y a la construcción de una comunidad fraterna.Quizás allí se muestra una de las limitaciones más graves de la catequesis eucarística preconciliar y de la piedad popular resultante. Al menos por cuanto no ha logrado contrarrestar en forma suficiente los efectos sociales del egoísmo personal y de grupo de los mismos cristianos.

Por otra parte, en esa situación social se refuerzan peligrosamente ciertas tendencias de nuestras creencias y piedad populares que ya hemos señalado como inductoras de un desequilibrio entre la Eucaristía de encuentro y la de súplica y ofrenda. Con un riesgo también de desviar la misma práctica ritual de la Eucaristía hacia tipos de religiosidad no cristianos, e

incluso de contaminarla con un sesgo de instrumentalización que puede a veces confinar con un ánimo cuasi mágico.

Pesa allí también la incoherencia entre celebración y vida, como un corrosivo que destruye la credibilidad social del Sacramento. No sólo ante las víctimas de ese absurdo social, en cuanto toman conciencia de ello y se rebelan contra tántas opresiones, sino también para los mismos que las usufructúan, por cuanto así se diluye de hecho en la insignificancia la seriedad de la conversión cristiana, que de suyo expresa y actualiza la Eucaristía. Y ello en áreas tan vitales para el cuerpo social como son la convivencia, la libertad real y el respeto y la promoción de la vida. Cuando la celebración no cumple en manera suficiente su función renovadora de la vida comunitaria, según su propia índole y con los medios que le son propios, no es de extrañar que se multipliquen falsos intentos de instrumentalización política, o de otro signo, ajenos todos a su valor evangelizador (cf. Puebla n. 902).

Finalmente, al agudizarse entre nosotros los conflictos sociales resultaría ilusorio ignorar la fisura que se abre y se dilata al interior mismo de la comunidad eclesial. Puede resultar chocante la discriminación y aun separación fáctica, cuando no ideologizante y táctica, de sub-iglesias populares, burguesas etc. Y su reflejo en celebraciones eucarísticas marcadas por el distanciamiento intencional, cuando menos, de las clases sociales. Pero si la sanación no alcanza a la raíz misma del mal, de qué vale extrañarnos y lamentarlo?

2.2.- La Eucaristía como tarea eclesial de paz en la justicia

Quizás el único fruto, pardójicamente sano, de tánto mal social es el anhelo creciente entre nosotros de una paz auténtica en la convivencia, y la aceptación cuando menos de su vinculación insoslayable con la justicia social. Los valores evangélicos de una fraternidad vivida y operacionalizada vuelven entonces a coincidir, para muchos, con la más honda aspiración ciudadana. En esta coyuntura se plantea a nuestra Eucaristía popular el reto y la tarea de ser un foco dinamizador de la Comunidad en Cristo. Dada su máxima urgencia entre nosotros, deberá ser entonces un interés dominante en nuestra reflexión teológica sobre la Eucaristía el redescubrir y vigorizar su dimensión constitutiva de ser creadora de una auténtica comunidad integral en Cristo. Sólo así podrá anunciar eficazmente la paz que Cristo ha construído entre nosotros con Su muerte. Esa muerte de Cruz que la Eucaristía debe actualizar y proclamar en nuestro hoy eclesial y social.

3.- SECULARIZACIÓN Y URBANISMO

Aunque de suyo bien pueden ser dos fenómenos socio-culturales de índole diversa, de hecho entre nosotros vienen formando un proceso conjunto. En efecto, la secularización acompañó el proceso de inversión demográfica que transformó nuestra sociedad de prioritariamente campesina en mayoritariamente urbana.

Más aún, la penetración creciente de los mass media urbanos en el medio rural no puede menos de estar configurando también a éste a imagen y semejanza de una ciudad cada vez más secularizada.

3.1.- Secularización y sacralidad

En atención a nuestro objetivo, nos limitamos a caracterizar el fenómeno cultural de la secularización, de suyo más complejo, sólo por su contraste con una visión sacral del mundo y de las relaciones humanas, en cuanto ello dice referencia a la dimensión religiosa de la cultura. O, dicho con palabras de Puebla, "al modo particular como en un pueblo, los hombres cultivan su relación (..) con Dios" (Puebla n. 386). Sin entrar pues en mayores detalles, caracterizamos la actitud sacral como un estadio del desenvolvimiento del espíritu humano en el cual la dimensión religiosa, no sólo tiene una función cultural y social preeminente, sino también y sobre todo ommiabarcante. Es el horizonte, cotidiano y explícito, de todos los significados y valores. Y por lo mismo la matriz y el fundamento próximo de toda la simbólica social. Y ello, en una forma indiferenciada que, por consiguiente, no discierne claramente la especificidad propia de cada una de las tres relaciones constitutivas de la cultura global.

La secularización, por su parte, constituye factualmente un estadio evolutivo posterior del espíritu humano. Y su característica es precisamente la diferenciación neta y manifiesta de esas otras dos dimensiones de la cultura, a saber, la relación con la naturaleza y la relación de los hombres entre sí, con respecto a esa otra relación de índole muy diversa de todo ello con Dios (cf. Puebla n. 386). Con los efectos que produce en la auto-comprensión del hombre en su mundo, y con las consecuencias prácticas que acarrea. Históricamente, al menos en la cultura Occidental, este proceso no se ha realizado sino a través de una crisis, más o menos honda, frente a estas dos alternativas: de una parte, la negación incluso teórica pero sobre todo práctica de la relación con Dios. Su resultado, como horizonte cultural, es el llamado secularismo. De otra parte, la re-estructuración de la unidad de esa triple relación en forma tal que mantenga y promueva la distinción y autonomía legítimas de cada una de ellas, sin introducir por ello separaciones destructivas. En primer lugar de la relación religiosa, pero también a la larga de la autenticidad de las otras dos.

Ahora bien, uno de los fenómenos sociales más notorios entre nosotros, en época reciente, ha sido la irrupción casi masiva, y la rápida difusión de este espíritu secularizante. Sobre todo en los medios profesionales y empresariales, pero también, de alguna forma, allí donde la ciudad se está modelando bajo el influjo una técnica y de una ciencia importadas de Europa y Norte América. Como suele suceder en fenómenos sociales de tánta envergadura, el proceso de transición desde un espíritu sacral hacia otro más secular no ha sido, entre nosotros, uniforme. Ni en profundidad, ni en grado de generalización entre grupos humanos diferentes. Constatamos, de hecho, una mezcla entre

ambos. Quizás con un acento más sacral en lo que se refiere al cultivo explícito de la relación religiosa. Mientras que en el resto de la vida diaria, socio-política, laboral, etc. se extiende y se impone más una tendencia secularizante. Sólo que ésta corre el riesgo de afirmarse más por vías de prescindencia de la relación religiosa, que por su remodalación al interior de un horizonte de secularidad cristiana. Y por lo mismo, en afinidad con el secularismo. Curiosamente, al menos en el caso colombiano, ésto no significa en manera alguna un eclipse de Dios en nuestra vida diaria. Se aspira y se confía tener a Dios, eficazmente, de nuestra parte hasta en los afanes de un campeonato mundial de futbol! En cambio la ausencia de referencia práctica a Dios se acentúa peligrosamente en el comportamiento diario, a nivel personal, familiar, empresarial, político etc. No sin el riesgo de perder incluso los elementos de racionalidad ética que conservan una vigencia al menos social y jurídica en otras culturas más secularizadas que la nuestra.

3.2.- Religiosidad popular eucarística y secularización

En materia de suyo compleja y susceptible de interpretaciones sujetivas, no siempre exentas de prejuicios, preferimos señalar apenas algunas tendencias que juzgamos más probables. Las creencias y la piedad popular eucarísticas se integraron sin duda entre nosotros, hasta hace poco tiempo, en un horizonte de índole prevalentemente sacral. Ello se explica tánto por la modalidad peculiar de nuestra cultura popular de cuño más agrario, como por el origen medieval de nuestra tradición eucarística inmediata. A ello se puede quizás atribuir, en parte que no sabríamos determinar, el énfasis de esa piedad popular en algunos aspectos más típicamente cultuales del Sacramento. Su frecuente asimilación, por ejemplo, a veces casi total a la ofrenda. O el recurso casi exclusivo a su sola eficacia deprecatoria. Cabe también pensar que, en ese horizonte sacral, la experiencia de cristofanía eucarística no solo pudo hallar más fácilmente una acogida popular espontánea e indiscutida, sino también alcanzar un nivel de "objetivación" casi sensible. Finalmente, puede atribuírse al influjo de esta mentalidad sacral, al menos en parte, el empeño no sólo por solemnizar sino también, en cierta manera, por "sacralizar" ciertos momentos más notorios e importantes de la vida personal, familiar y ciudadana. No sin el riesgo de acentuar así la tendencia a una cierta ruptura existencial entre esos momentos celebrativos, vividos en forma aguda como experiencia de lo "sacro", y el horizonte profano de la cotidianidad. Con su secuela de desvinculación entre la práctica cultual piadosa y el comportamiento moral y social en la vida.

Cabría multiplicar todavía los indicios de esta mentalidad sacral en nuestra piedad eucarística. Pero lo dicho basta para nuestro objetivo. En efecto, desde aquí se comprende fácilmente el impacto de un movimiento cultural generalizado de tendencia secular, y se perciben las áreas que puede estar afectando de nuestra piedad eucarística. Pensamos que el problema puede plantearse así: de una parte, la tendencia secular, de no ser

iluminada por el evangelio, suele degenerar casi espontáneamente, o contaminarse ideológicamente, de secularismo. En esta perspectiva, todos los usos de la piedad popular eucarística, percibidos como ilusorios y alienantes, caen simplemente en desuso o son rechazados con menosprecio social. De otra parte, aun al interior de una búsqueda legítima de secularidad cristiana, se puede caer también en la incomprensión y el abandono indiscriminado de las prácticas de piedad popular, en la medida en que no se percibe el significado y valor evangélicos que mantienen, aun encarnados en esa mentalidad sacral.

3.3.- Nuestra tarea teológico-pastoral

Ante estos hechos, compete a una reflexión teológica situada correctamente colaborar de algún modo en estas tareas: 1) rescatar los significados y valores evangélicos, encarnados hasta ahora en una piedad popular de cuño más sacral, a los riesgos de un naufragio indiscriminado entre el flujo creciente de la secularización. 2) Acompañar desde dentro a nuestro pueblo sencillo en ese paso inevitable de su anterior horizonte más sacral, a otro más secular. En primer lugar, purificando sus prácticas piadosas de toda posible contaminación con otros tipos de sacralidad opuestos a la fé cristiana. En segundo lugar, ejerciendo una comprensión pastoral hacia otras actitudes sacrales que, aunque de suyo no contradicen el espíritu evangélico, con todo le resultan eventuales y accesorias. Por cuanto difícilmente resultarían superables en ciertos niveles de población sin el correspondiente cambio de horizonte global. 3) Promover unas creencias eucarísticas renovadas dentro del horizonte de una secularización cristiana, que sean capaces de afrontar los retos de un secularismo ramplón o ideologizado.

4.- MENTALIDAD POST-CIENTÍFICA Y POST-IDEOLÓGICA

Deliberadamente nos hemos situado siempre, hasta ahora, en el nivel colombiano promedio. Allí donde tiene su plena vigencia hablar de una religiosidad popular eucarística. Por consiguiente, al nivel del tipo de conocimiento práctico que ilumina y guía el ajetreo cotidiano de la vida, que preside el afecto, las opciones y la acción con que intentamos defendarla y promoverla en la concreticidad y singularidad de la circunstancia. En términos epistemológicos, venimos refiriéndonos a un "sentido común" religioso, distinto por sí mismo de los procesos metódicos y explicativos de la ciencia, la erudición histórica y literaria, la filosofía y la teología académica.

Ahora bien, nuestro pueblo recibió la tradición de fé eucarística en el lenguaje y en el horizonte conceptual de un sentido común particular nuestro, especificado y modelado al interior de nuestra ubicación histórica concreta, y al ritmo del desarrollo de nuestra cultura propia. Verdad es que, a nivel de doctrinas eucarísticas, la catequesis pre-conciliar, sobre todo, incluyó elementos de una teología post-medieval y post-tridentina, que implican ya algún grado de elaboración metódica.

Tal puede ser, por ejemplo, el caso de la "transubstanciación", no ya en su significado dogmático permanente, sino en su elaboración teológica posterior. Pero también hemos anotado ya en qué poca medida tales precisiones teológicas parecen haber entrado en el flujo vital de las creencias populares.Por otra parte, debemos insistir en la importancia positiva de esta contextualización nativa de la religiosidad eucarística en el sentido común de los colombianos. Sólo así puede integrarse y mantener una vigencia en la vida de nuestro pueblo. El problema reside entonces, más bien, en que tampoco podemos ser ingenuos frente a la realidad concreta y factual de ese sentido común de los colombianos, hoy. Allí está ocurriendo un fenómeno social de repercusiones indudables en las creencias y en la piedad popular.

4.1.- Sentido común popular, post-científico y post-ideológico

Qué queremos decir con ésto? En forma creciente, grandes masas de la población colombiana están entrando cada vez más en contacto cotidiano con la corriente anegadora de la mentalidad moderna, marcada por el influjo de las ciencias y de las ideologías. Ya sea por el avance de las posibilidades de una educación formal, ya sea sobre todo por el empuje de los medios de comunicación, ya sea sencillamente por los procesos de migración interna hacia las grandes ciudades, y por el reflujo de éstas hacia el campo en las relaciones familiares y sociales de los inmigrantes urbanos con su terruño campesino de origen.

Ahora bien, el tipo de sentido común en vigor en nuestros medios urbanos ha recibido ya la marca, y se ha incorporado, así sea a un nivel sencillo, no pocos elementos de una mentalidad que tiene su origen en el ámbito de la ciencia. Especialmente de las ciencias que presiden hoy el desarrollo tecnológico y de las que se disputan la orientación del proceso social. En este sentido podemos hablar de una cierta mentalidad post-científica en los medios populares. Y lo mismo cabe decir de las ideologías en cuanto significan un empeño de racionalización y de control de la condición del humbre en su mundo. También entonces el sentido común promedio de los colombianos va siendo cada vez más, en alguna medida, post-ideológico.

4.2.- Influjo en las creencias eucarísticas

Desde el punto de vista de nuestra religiosidad popular eucarística este hecho cultural no resulta en manera alguna neutral. Puede estar trabajando ya en su contra, abierta o subrepticiamente. Puede estar cuestionándola, incluso en forma legítima. De todos modos está exigiendo una renovación teológica que asuma sus preocupaciones y se esfuerce por responder a sus exigencias. En fin, que logre resituar hoy esas creencias populares al interior de este nuevo horizonte cultural, en manera que puedan recobrar su pleno sentido para nuestro pueblo.

Una vez más el documento de Pueblo nos ofrece una guía para el estudio más detallado de esta situación, al nivel de su impacto inmediato en las creencias populares. Ya sea cuando trata de esas "visiones inadecuadas que se propagan en nuestro continente, de las cuales unas atentan contra la identidad y la genuina libertad; otras impiden la comunión; otras no promueven la participación con Dios y con los hombres" (Puebla n. 306; cf. nn. 305-315). Ya sea cuando se refiere a las ideologías, a los proyectos políticos y a los sistemas económicos que ejercen un influjo directo y decisivo en la vida de nuestros pueblos (Puebla nn. 535-561).

Para poner tan solo algunos ejemplos, quién puede negar el prejuicio de bloqueo que una mentalidad positivista o cientifista puede oponer a la creencia de una presencia sacramental del Señor? Cómo compaginar el amor social que proclama y promueve la Eucaristía con una visión individualista del hombre? Qué sentido tiene la Cruz, que actualiza el Sacramento, en el horizonte de un mito social de solo progreso técnico indefinido e insaciable, o frente a la embriaguez del consumo y del éxito fácil? Cómo no esperar el arrinconamiento, o la instrumentalización de la piedad eucarística popular cuando la política, como búsqueda y aprovechamiento del poder, se constituye en única dimensión valorable de la acción ? Tampoco se trata de afrontar sólo la negatividad del espíritu moderno. Más decisivo aún es discernir y asumir todo lo positivo que hay en él. Los retos que plantea, las posibilidades que ofrece. Sin perder por ello su estatuto propio de fé, las creencias y la piedad populares tienen que ir creciendo a la talla de la cultura popular que deben alimentar con el Pan de Cristo.

4.3.- Doctrinas eucarísticas para el hombre de hoy

Una teología responsable, que pueda comunicarse hoy en forma relevante a nuestro pueblo, tiene que entrar entonces a: 1) discernir, asumir o rechazar los elementos post-científicos y post-ideológicos que condicionan hoy las creencias en el sentido común popular; 2) fundamentar una comprensión y práctica de la Eucaristía proporcionada a la mentalidad de quienes, por su profesión o su ambiente social, han sumado ya al sentido común cotidiano la preocupación metódica, explanatoria o interpretativa de las ciencias y de la filosofía. En una palabra, debemos asumir la tarea de recrear el significado perenne del dogma eucarístico al interior del horizonte de la modernidad. Para abrir camino a una renovación de las creencias populares. En forma tal, que la vigencia permanente de la tradición eclesial eucarística lleve también la impronta de la novedad cultural que está creciendo entre nosotros.

5.- UNA EVANGELIZACIÓN RENOVADA

De muchas maneras hemos puesto ya de presente la correlación existente entre unas creencias sanas y vigorosas, y la intensidad y calidad del proceso de evangelización, al interior de cada grupo humano. Tampoco hemos dudado en atribuír las deficiencias o contaminaciones de la piedad popular al

estancamiento o baja calidad pastoral de la evangelización, mediante la catequesis y la liturgia. En realidad no estamos defendiendo un progresismo teológico inconsulto. Más aún, pensamos que bien puede mantener vigorosas las creencias populares una evangelización menos actualizada en estos nuevos horizontes culturales, pero sostenida por una experiencia fuerte de Cristo-Eucaristía, y operacionalizada en una convivencia fraterna efectiva. Por supuesto, más que una teología indigesta de modernidad, o sobre todo desprovista de la experiencia del Espíritu y de la operatividad de la caridad.

Pero ésto tampoco resta importancia a la tarea de una renovación global, y articulada en nuestra situación actual, de las creencias y de la piedad popular eucarísticas. Los tres items de problematicidad propuestos constituyen, en buena parte, la referencia contextual en que tendrán que ser re-elaboradas.

El servicio prioritario de la reflexión teológica a la religiosidad popular eucarística será entonces su concurso a una evangelización renovada. Profundizando, ante todo, sus raíces últimas en la fuente originaria de nuestra fé eucarística. Es decir, en la realidad fundante de Cristo, testimoniado e interpretado por las Comunidades Apostólicas del N.T. Persiguiendo luego el hilo vivo y auténtico de la Tradición Eclesial a través de los momentos decisivos de su proceso histórico de re-interpretación y actualización, por el ejercicio del Magisterio. Afrontando en fin las potencialidades y los retos del contexto social y cultural de nuestro pueblo. Tales son las tareas que se ofrecen a nuestro esfuerzo teológico ulterior.